

**P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.**

**EXPERIENCIAS MISIONALES  
SANTA LAURA MONTOYA**

**LOGROÑO – ESPAÑA**

**2017**

**EXPERIENCIAS MISIONALES,  
SANTA LAURA MONTOYA**

**Nihil Obstat  
Padre Ricardo Rebolleda  
Vicario Provincial del Perú  
Agustino Recoleta**

**Imprimatur  
Mons. José Carmelo Martínez  
Obispo de Cajamarca (Perú)**

**LOGROÑO – ESPAÑA**

**2017**

## ÍNDICE GENERAL

### **INTRODUCCIÓN**

Breve biografía.

El demonio.

Brujos.

Agua bendita.

El santo escapulario.

Almas del purgatorio.

Conversiones.

Curaciones.

Resurrección de Próspero.

Milagros.

Pacto con las fieras,

Bilocación.

Providencia de Dios.

El ángel custodio.

La Virgen María.

Eucaristía.

Milagros para la beatificación y canonización.

### **CONCLUSIÓN**

### **BIBLIOGRAFÍA**

## INTRODUCCIÓN

En este libro queremos resaltar algunas experiencias misionales de santa Laura Montoya, la primera santa colombiana. Ella misma narra en su *Autobiografía* y en otros escritos sus vivencias en la selva con el sabor de la experiencia personal y del amor a los indios colombianos, a muchos de los cuales llevó a la verdadera fe católica. Ella se sentía madre de todos ellos. Decía que eran *su llaga*, como si esa fuera la espina que le hacía sufrir: ver a tantos de ellos lejos de Dios, viviendo en una pobreza extrema material y espiritual.

Para encontrarlos hacía viajes peligrosos en frágiles canoas por ríos impetuosos y por selvas impenetrables, expuesta a toda clase de enfermedades y peligros de toda clase, pero con una fe inquebrantable en la providencia de Dios. Y Dios bendecía su ministerio con abundantes milagros, que deslumbraban a los indios y los hacía creer en el Evangelio.

Una de las cosas que más le dolía era ver a muchos de ellos atados a los brujos, a quienes todos temían, porque curaban con el poder del demonio. Es hermoso comprobar lo que ella misma refiere de cómo el poder del demonio se detenía y no actuaba, cuando echaban agua bendita o colocaban imágenes religiosas bendecidas u objetos benditos como el escapulario del Carmen.

Ojalá que estas experiencias reales de su vida nos estimulen a todos nosotros para ser católicos de verdad y ser capaces de vivir nuestra fe en plenitud y sentir la necesidad de compartirla con los demás.

**Nota.-** *A* se refiere a la *Autobiografía* de la Madre Laura, Ed. Carvajal, Medellín, 1991, segunda edición.

*Cartas misionales* hace referencia a sus experiencias misionales entre 1915-1922. Fueron publicadas por Ed. Cocusa, Madrid, 1960. Las cartas van dirigidas al director el semanario *El católico* de Santa Rosa de Osos (Antioquia - Colombia).

*Dabeiba* nos hace compartir sus aventuras misionales de la mano de la Madre Laura, haciéndonos vibrar en cada relato con su espíritu infatigable y misionero por las tierras inhóspitas de la selva colombiana.

## BREVE BIOGRAFÍA

Laura Montoya y Upegui nació en Jericó (Antioquia, Colombia) el 26 de mayo de 1874. Sus padres, Juan de la Cruz Montoya y Dolores Upegui, eran profundamente cristianos. Recibió el bautismo el mismo día de su nacimiento y le pusieron por nombre María Laura de Jesús.

*Con relación a su madre, ella afirma: Su carácter, siempre igual y gracioso, le conquistaba la amistad y el cariño de los de su esfera y el respeto de sus inferiores. Constante y magnánima en el sufrimiento, enseñó a sus hijos — fuimos tres— a despreciar lo transitorio y suspirar por lo eterno. Tan seria en sus afectos que jamás recuerdo que nos hubiera besado. Lloró la muerte de mi padre ante el sagrario y en la oscuridad de la noche, durante veinte años. Jamás se le oyó una queja y soportó los rigores de una viudez pobre con fortaleza edificante. Tan generosa en el perdón de las injurias, que sobre sus rodillas nos enseñó a amar, orando por el que labró su dolor, haciéndola viuda.*

*Cuando ya grandecita, le pregunté en dónde vivía Clímaco Uribe, ese señor que amábamos y que yo creía un miembro de la familia por quien rezábamos cada día, me contestó: "Ese fue el que mató a tu padre; debemos amarlo, porque es preciso amar a los enemigos ya que ellos nos acercan a Dios, haciéndonos sufrir". Con tales lecciones, era imposible que corriendo el tiempo no amara yo a los que me han hecho mal.*

*Creció siempre en virtud y fortaleza y terminó su vida a los 77 años de edad, siendo religiosa Misionera, con el nombre de hermana María del Sagrado Corazón. ¡Coincidencia rara! Nació el 10 de febrero de 1846 y murió el 10 de febrero de 1923.*

*De su piedad da testimonio el hecho de que jamás quiso que un hijo pasara ni una sola noche sin bautizar y rehusaba cogerlo, ni lo estrechaba contra su seno mientras no hubiera recibido el agua santa.*

*A esta circunstancia debo la felicidad de no haber estado privada del santo bautismo, sino cuatro horas; nací a las ocho de la mañana y me bautizaron a las doce del mismo día. Es la primera gracia con que Dios regaló mi entrada en el mundo. La noche del 26 de mayo de 1874 me encontró ya hija mimada de Dios<sup>1</sup>.*

Cuando Laura tenía dos años murió su padre en la guerra civil por defender los derechos de Dios y los valores de la religión contra los liberales que

---

<sup>1</sup> A p. 22.

querían una patria sin Dios y sin religión y que iban al combate, gritando ¡Muera Cristo! ¡Abajo la religión! Estos liberales revolucionarios estaban inspirados en los principios de la revolución francesa y gritaban constantemente: Libertad, libertad, libertad. Proclamaban la libertad de enseñanza, pero negaban la libertad religiosa para enseñar y no respetaban los derechos de los católicos, aunque hablaban mucho de los derechos humanos.

Los liberales ya habían suprimido los conventos en 1861 en Colombia y se lanzaron al combate en 1875 para conquistar el poder. Más tarde en 1895 estalló de nuevo otra revolución y de 1899 a 1902 estalló otra guerra civil. Todas estas vicisitudes de su patria tuvo que padecerlas nuestra santa, que ya vivía en extrema pobreza, a causa de la muerte de su padre, sin nadie que proveyera a su madre y sus tres hijos (Laura, Carmelita y Juan de la Cruz) del sustento diario. Por este motivo su madre la envió a casa de la abuela para tener menos carga familiar.

*Ella afirma: Tendría unos 7 años y ya advertía la presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento. Fui al pueblo a estar unos días con mi madre y gustaba de irme a la iglesia desde muy temprano. Aunque la santa misa fuera a las ocho, yo estaba al pie del altar desde las seis. Leía oraciones y, sin entenderlas, me agradaban.*

*En compañía de otra niña me dieron el encargo de recoger una cantarilla (rifa) de una señora pobre y me impuse el trabajo de hacer una visita al Santísimo entre casa y casa de las que tocaba para la cantarilla. Aunque estas fueran continuas o muy distantes de la iglesia, subía hasta el altar para hacer la visita. Fueron tantas las visitas como casas tenía el pueblo. Esto me prueba que tenía fe en la santa Eucaristía <sup>2</sup>.*

*También ya desde los siete años comencé a gustar un poco de la compañía de los pobres y de darles limosna. Para ello gastaba mucho afán en conseguir licencia para visitar a los trabajadores más pobres de la finca y les llevaba lo que me daban y algo que podía conseguir también <sup>3</sup>.*

*En esa época, no cedí al empeño de evitar el pecado <sup>4</sup>. Hacia los diez años tuve un sueño terrible en el que vi en cierto sitio del huerto de la casa, un negro que con muecas horribles me invitaba a seguirle y, a medida que me llamaba, se iba alejando y dejaba fuego en dondequiera que pisaba. En el sueño yo sabía*

---

<sup>2</sup> A p. 5.

<sup>3</sup> A p. 48.

<sup>4</sup> A p. 49.

*que era el diablo. Desperté triste, pero había desaparecido mi oscuridad interior y volví a sentir a Dios*<sup>5</sup>.

*Tuve otra experiencia. No puedo asegurar que esto haya sido a los siete años, pero tendría poco más, si no fue en esa edad precisa.*

*Me entretenía, como siempre, en seguir unas hormigas que cargaban sus provisiones de hojas. Era una mañana, la que llamo la más bella de mi vida. Estaba a una cuadra más o menos delante de la casa, en sitio perfectamente visible. Iba con las hormigas hasta el árbol que deshojaban y volvía con ellas al hormiguero. Observaba los saludos que se daban, (así llamaba yo lo que hacen ellas entre sí algunas veces, cuando se encuentran) las veía dejar su carga, darla a otra y entrar por la boca del hormiguero. Les quitaba la carga y me complacía en ayudarlas llevándoles hojitas hasta la entrada de la mansión de tierra, en donde me las recibían las que salían de aquel misterioso hoyo. Así me entretenía, engañándolas a veces, y a veces acariciándolas con gran cariño, cuando... ¿cómo diré? Dios sabe que estas cosas son tan íntimas y tan duro decir las. Sólo la obediencia las saca fuera. Fui como herida por un rayo. No sé decir más. Aquel rayo fue un conocimiento de Dios y de sus grandezas, tan hondo, tan magnífico, tan amoroso, que hoy, después de tanto estudiar y aprender, no sé más de Dios que lo que supe entonces. ¿Cómo fue esto? ¡Imposible decirlo! Supe que había Dios, como lo sé ahora y más intensamente; no sé decir más. Lo sentí por largo rato, sin saber cómo lo sentía, ni lo que sentía, ni poder hablar. Por fin terminé llorando y gritando recio, recio, como si para respirar necesitara de ello. Por fortuna estaba a distancia de ser oída de la casa. Lloré mucho rato de alegría, de opresión amorosa, y grité: Miraba de nuevo al hormiguero y en él sentía a Dios, con una ternura desconocida. Volví los ojos al cielo y gritaba, llamándolo como una loca. Lloraba, porque no lo veía y gritaba más. Siempre el amor se convierte en dolor. Este casi me mata.*

*Desde entonces me lancé a Él. Era precisamente lo que buscaba, lo que mi alma echaba de menos. Mis lágrimas por no verlo eran amargas..., pero lo tenía. Hoy todavía siento deseos de gritar, al recuerdo de esto, y me estremezco.*

*Entonces no sabía calcular el tiempo; pero hoy juzgo que duró dos horas*<sup>6</sup>.

Felizmente ella pasaba mucho tiempo en oración; y leyendo la Biblia Dios le hizo sentir su amor. A sus 16 años tuvo la gracia de poder estudiar en la *Normal de Institutoras* de Medellín y, concluidos sus estudios como maestra, sintió que Dios la llamaba a una vida más entregada a su servicio. Ya con 20

---

<sup>5</sup> A p. 49.

<sup>6</sup> A p. 42.

años pensó que su vocación era ser carmelita descalza de clausura, pero una experiencia de misionera entre los indios la convenció de que su misión no era el claustro, sino la vida activa en servicio de los indígenas, que estaban espiritualmente dejados de lado y eran paganos y refractarios a convertirse a la fe católica. Muchos de ellos vivían sin conocer ni la existencia de Dios y no tenían ni siquiera noción de que tenían alma. Creían que eran de condición inferior a los civilizados. Habían sufrido mucho por sus abusos y eran muy desconfiados con la *gente* (los blancos civilizados). Por otra parte *estaban tan familiarizados con los animales o tan identificados con ellos que todavía se encontraban indias que lactaban a los perros o a los monos pequeños, como si fueran hijos suyos*<sup>7</sup>.

Por eso, sintió tal amor por estos indígenas abandonados a su suerte espiritual que quiso dedicar su vida a su servicio, dándoles a conocer su dimensión espiritual, que tenían un alma y que no eran en nada inferiores a los demás seres humanos, a pesar de haber sido discriminados.

Después de algunas experiencias misionales con algunas hermanas que la siguieron a los lugares de indios, con la ayuda de Monseñor Maximiliano Crespo, obispo de Santa Fe de Antioquia, fundó la Congregación de Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena. Era el año 1914.

Recibió muchas críticas de parte de algunos *prudentes*, que consideraban que era demasiado peligroso para ellas por las condiciones de la selva y por las dificultades que presentaban los indios para su conversión. Pero con amor, paciencia y generosidad, se fueron abriendo camino. Y lo que no pudieron hacer durante muchos años los hombres misioneros, ellas lo consiguieron con ternura, amor y las bendiciones de Dios.

La Madre Laura pasó los últimos nueve años de su vida en silla de ruedas; orando, y ofreciendo su vida y sus dolores por la conversión de los indígenas. Murió el 21 de octubre de 2004. Hoy sus religiosas *lauritas*, como se les llama, están atendiendo a indígenas de distintos países de América y África. También dan testimonio de sus misiones incluso en Europa.

---

<sup>7</sup> Cartas misionales p. 115.



## EL DEMONIO

El demonio existe, aunque algunos no creen en él. Lo curioso es que los demonios sí creen en Dios y lo proclamaban públicamente ante Jesús. En Marcos 5 se habla de un hombre endemoniado. Su fuerza era descomunal y rompía las cadenas de hierro que le ponían. Nadie podía sujetarlo. Al preguntarle Jesús su nombre, respondió: *Legión, porque somos muchos*. Y el demonio, usando al endemoniado, se postró ante Jesús y en alta voz para que todos lo oyeran gritó: *¿Qué hay entre nosotros, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? Por Dios te conjuro, no me atormentes*. Dice por Dios, porque el diablo sí cree en Dios. En Mc 1 el demonio grita por medio del endemoniado: *Sé quién eres: El Santo de Dios*. En Mc 3 se afirma que los demonios gritaban diciendo: *Tú eres el Hijo de Dios*.

Un buen ejemplo para muchos católicos que no creen en el demonio o que se avergüenzan de hablar de su fe ante los demás.

Pues bien, la Madre Laura tuvo muchas experiencias con el demonio a lo largo de su vida y, por eso, nos puede hablar con la verdad de su experiencia y la santidad de su vida, que no puede mentir. Veamos algunos ejemplos.

*Emprendimos una cruzada de oraciones pidiendo la conversión de las pobres niñas (de un Colegio de Medellín que pasaron al nuestro). Cuando ya casi desesperaba de conseguirlo, me llamaron en secreto y me dijeron:*

*— Nosotras no nos confesaremos, porque lo hemos hecho siempre sacrílegamente, y como ahora usted nos ha hecho ver la gravedad de la comunión sacrílega, no lo haremos más; pero tampoco somos capaces de confesar las faltas que venimos callando hace mucho tiempo, en consecuencia nos saldremos del Colegio.*

*Imposible declararme vencida. Me puse a orar por ellas y les infundí gran confianza en Dios. Aquellas pobres niñas se confesaron, bañadas en lágrimas, y fue una conversión muy cierta.*

*La noche del día en que se confesaron, puse las internas a estudiar en el dormitorio para yo acostarme un momento, pues estaba rendida de cansancio. Mi cama estaba cubierta por un toldillo que no llegaba al suelo y desde ella, podía vigilar el estudio perfectamente. Tan pronto como me recosté oí, pero no con los oídos materiales, sino de otro modo, que oír era entender. No sé cómo puede ser esto. Pero oí que el demonio venía y que decía: Voy a vengarme de esta advenediza que me ha arrebatado lo que yo poseía con justos derechos. Como este oír era entender, yo comprendí que la advenediza era yo y que lo poseído por el demonio eran las pobres niñas que se habían confesado. Esto*

*pasaba sin dejar de oír el estudio de las niñas que lo hacían esa noche en historia natural.*

*Me senté a esperar al demonio y muy pronto vi llegar por debajo del toldillo un animal parecido a un perro o lobo, con cascos de mula y unos cuernos negros muy retorcidos. Entró y, sin abrir la boca, me repitió las mismas palabras, que oí del mismo modo, y agregó que se vengaría de mí, metiéndole una tentación a mi hermano, quien estaba en el cuarto del zaguán con una sirvienta que se hallaba muy dentro del interior de la casa, que era muy grande. Entonces no sabía yo que entre hombre y mujer hubiera tentaciones ni de qué clase serían; por eso no me alarmé mucho. Pero el demonio me dijo después, que tumbaría el Colegio porque no podía resistirlo y que lo haría levantando una calumnia contra mí.*

*Quise darle con el Cristo que tenía a la mano y lo alcé para ello, pero me pareció hacerle mucho honor y me levanté, lo cogí de los cuernos que eran fríos, muy fríos, y lo torcí como haciéndole formar un remolino, lo estregué contra el suelo y le dije que él no tenía que meterse en lo que era mío y que no haría más que lo que Dios le permitiera.*

*Mientras lo estregaba contra el suelo, le dije que le quedaban muy mal las zancas de mula y que no le tenía miedo, que hiciera lo que quisiera, pero que yo contaba con Dios. Aquel animal producía contra el suelo un ruido, como de cuero que se arrastra y creí que las muchachas que estudiaban se habían percibido de él; pero el estudio continuaba lo mismo que antes.*

*El animal salió por entre las dos hileras de estudiantes y yo salí detrás, preguntándoles a las niñas si no habían visto pasar un perro; me contestaron que no, y seguí hasta el cuarto del zaguán en donde encontré a mi hermano dormido. Regué mucha agua bendita y me fui a hacer lo mismo en el cuarto de la sirvienta. Volví a la cama y como noté que las niñas no se habían dado cuenta de nada, me callé. Comprendí sí, con mucha claridad, que el demonio me tenía miedo y que iba a molestar mucho a cuantos dependieran de mí, por causa mía; pero que a mí no me arremetería más <sup>8</sup>.*

*Otro caso. Recibí en el colegio una niña que por ignorancia había estado tomando clases en una casa espiritista... Estaba muy contagiada, pero en lucha con el demonio se confesó muy bien con propósito sincero.*

---

<sup>8</sup> A pp. 148-149.

*La noche del día en que se había confesado, a altas horas, llegó a mi cama demacrada, con los ojos espantados y llenos de horror, poniéndome ambas manos sobre el pecho y sin darme tiempo para incorporarme, me dijo:*

*— Señorita, defiéndame del demonio, que viene sobre mí.*

*Yo pude verla porque se dormía con luz. Me incorporé y no vi nada; pero sí dije con toda la autoridad del caso: “¿Qué tienes que ver, enemigo infernal, con la que ya es de Dios? En nombre del mismo Dios, retírate muy lejos de aquí”.*

*Inútil es decir que, si hubiera reflexionado, no hubiera sido tan perentoria mi orden al demonio, pero sin pensarlo lo hice así.*

*Tan luego como proferí esas palabras, la niña recobró la calma, sus ojos se serenaron y los labios cogieron el color ordinario, a la vez que se formaba a lo largo del dormitorio de las internas, que era muy grande, un ruido de viento impetuoso que las levantaba y que parecía como el ruido que forma una piel muy tiesa al sobarse contra algo muy áspero. Todas las alumnas despertaron dando gritos. La niña de la historia había vuelto, como envuelta en el ruido, a su cama que quedaba en el extremo opuesto del dormitorio.*

*Yo me fui a calmar a las muchachas; todas querían contarme a la vez, lo que habían oído y cómo les había alzado las camas y me señalaban la puerta por donde decían que había salido ese ímpetu. La puerta estaba completamente cerrada, como la había dejado al acostarme. Por ella salí al corredor de la quinta que da a la calle, y a la luz de la luna pude ver que una ceiba (árbol) vecina de las de la avenida de la quebrada, que queda delante de la quinta que ocupaba el Colegio, se retorció con mucho estruendo, terminando por desprendérsele un brazo tan grueso que con un hacha hubiera sido cosa larga echarlo al suelo. A su caída tumbó una tapia de la casa vecina.*

*Volví a entrar al dormitorio y encontré a la niña sentada en la cama, con los pies colgando, como si acabara de llegar de alguna parte y hubiera despertado en ese momento; me dijo: “¿Qué pasa? ¿De dónde vengo?”.*

*Nada quise decirle; pero las demás le refirieron lo ocurrido con el viento, del cual decían ellas que no era tal, sino que sería el diablo. Esto aseguraban sin que yo les hubiera dicho nada de lo de Otilia (así se llamaba la niña), ni de lo de la ceiba. Observé además que ninguna otra rama del jardín ni de la calle se movía en el momento en que se retorciera la ceiba, formando como remolino con la copa.*

*Por la mañana, los transeúntes de la calle se detenían a contemplar lo raro de la caída de aquel brazo de la ceiba, pues se desprendió como si lo hubieran torcido como una caña; se veía que lo poco natural de la ruptura lo obligó a rasgarse a lo largo en parte. Nadie podía conjeturar qué agente había causado el destrozo. Sólo yo tenía mi secreto. Las niñas sólo supieron la cosa a medias. La misma Otilia lo supo más tarde. Se lo dije para que supiera agradecer a Dios este beneficio. Continuó siendo una criatura cristiana, cada vez más fervorosa, y, si no ha muerto, es una religiosa ejemplar. ¡Los milagros de la gracia!<sup>9</sup>.*

*Julia Castrillón, la gran medium espiritista del Departamento, que ejercía su diabólico oficio de apóstol del espiritismo en cuantos pueblos la dejaban entrar, aquel medium que se comunicaba tanto y tan fuertemente con el espíritu de Voltaire, según lo cantaleteaban los espiritistas de Medellín, porque tenía alguna semejanza con él, cayó milagrosamente bajo el celo del padre Muñoz y con señales de conversión verdadera le quedaban ciertas influencias del demonio.*

*Ya llevaba tiempo el padre, de lucha tenaz para apartarla de aquellas influencias, cuando alguien me indicó que el padre deseaba que yo la tratara. Se me presentó Julia, muy electrizada, a decirme que Voltaire había dicho en el centro espiritista, que yo estaba pasando penas inauditas porque en la otra existencia había sido un fraile muy fanático y que así expiaría bien y llegaría a ser un espíritu muy elevado. Por toda respuesta le dije a Julia: “Verdaderamente lo que más me fastidiaba cuando fui fraile era el bigote”.*

*Con esto, el rostro de Julia se cambió y sólo me dijo: “¡Laura, usted sí que es irónica!. Con eso me venció”. Quedó completamente deselectrizada y me dijo que estaba sufriendo horribilmente desde que era católica porque el demonio la tenía tan bajo influencia, que ni para la comunión la dejaba y que tenían que dársela por la fuerza, porque ella no sentía, al ver la santa hostia, sino deseos de pisotearla. Me refirió mil cosas más y que había estado bajo la influencia del demonio, sin interrupción, hacía más de ocho días; pero que al oír a su padre, espiritista también, referir lo que había dicho Voltaire de Laura, se le había ocurrido que, llevando la razón, Laura la libraría de su estado.*

*Cosa rara, con sólo lo del bigote quedó esta criatura libre de aquel estado. A la vez Voltaire pronosticaba que, si yo no hacía bien la expiación de esta existencia, siendo medium espiritista, los espíritus se vengarían de mí. No hice caso de la cosa; pero desde entonces le ayudaba a la pobre Julia a salir de*

---

<sup>9</sup> A pp. 181-183

*sus dificultades. Siempre mi sola presencia la calmaba. Los padres que la manejaban hacían que yo la atendiera en cuanto pudiera* <sup>10</sup>.

*- Estando en la selva, un día, después de preparar los matrimonios, procedimos a arreglar el altar para celebrar la santa misa. Se colocó una cruz muy alta y a un lado, debajo de una palma muy antigua, el altar. En la cumbre de la palma se puso una bandera blanca con una estampa de la Virgen, para darle posesión a la Reina de nuestros amores de aquella tierra. Antes de la misa, dijo el padre que debía exorcizar a los indios que no habían sido bautizados, a los vientos, a las aguas y aquella tierra que había sido del demonio siempre. Se subió revestido a una piedra y de allí comenzó su tarea de echar al diablo. ¡Los que no creen en las oraciones de la Iglesia, hubieran estado allí para que hubieran presenciado lo hermoso de aquello y las señales de furia que dio el demonio! Cuando el padre se dirigió a los indios, se produjo entre ellos cierto movimiento raro que denunciaba que sentían alguna fuerza extraña que los invitaba a huir. Hubo que contenerlos. Cuando se dirigió a los vientos, se formaron en el aire unos remolinos que parecían arrancar de cuajo los árboles de alrededor. Al dirigirse a las aguas, éstas bramaban cual si una corriente nueva las empujara. Pasados los exorcismos, todo quedó en la más completa calma. Dios mío, ¡cuánto poder tiene la Iglesia!* <sup>11</sup>.

## **BRUJOS**

El demonio, como es el mono de Dios y lo imita todo lo que puede, ha querido formarse también un ejército de seguidores. Estos lo adoran en las reuniones de las sectas satánicas, que pululan por el mundo entero a vista y paciencia de las autoridades, que incluso les dan autorización para existir y para hacer propaganda pública bajo el manto de libertad religiosa. Lo cierto es que en todas las naciones y culturas hay personas que hacen pactos satánicos con el diablo, quien les da el poder de curar o de hacer daño a otros, incluso matarlos, a cambio de su alma.

Precisamente la Madre Laura nos habla de cómo entre los indios de la selva también hay brujos o jaibanaes que hacen pacto con el diablo y son los médicos que por medio de él tratan de tener poder sobre los demás y de curar algunas enfermedades. Lo grave de esto es que muchos de ellos están contaminados, aun sin saberlo, con influencias satánicas y dependen de los brujos para muchas cosas, quedando en alguna medida bajo el poder del demonio. Pero el demonio no puede nada contra el poder de Dios. Por eso la Madre Laura nos

---

<sup>10</sup> A pp. 184-185.

<sup>11</sup> A pp. 228-229.

habla por experiencia del poder del agua bendita, del escapulario de la Virgen del Carmen o de otros objetos e imágenes religiosas que ponen freno al poder satánico.

Ella nos dice: *Con mucha dificultad y en mucho tiempo, hemos llegado a descubrir con toda seguridad que, ciertamente, es el demonio quien obra por medio de los jaibanaes (brujos) y que presta tal servicio el enemigo de Dios y de las almas, en virtud de un pacto celebrado entre éste, que sabe muy bien lo que hace, y el pobre indio que ignora las consecuencias de tan espantoso pacto, en lo que se relaciona con su alma, cuya existencia le es desconocida o dudosa. Sólo sabe el indio, al hacer tal pacto, que con él podrá curar enfermedades, cobrando buenas recompensas, aun a sus hijos o padres, y que podrá saciar sus odios o venganzas haciendo maleficios, que es precisamente lo que ellos llaman **embrujar**. ¡Qué contrato tan ventajoso para el demonio! ¡Cuántas almas enreda en él! ¡Pobrecitos los salvajes con tan espantoso amo! ¡Pobres los infieles en general!*<sup>12</sup>.

*El jaibanismo en un sistema, por decirlo así, de ceremonias que constituyen como un rito. El jaibaná es como el sacerdote o ministro en el rito. Puede ser hombre o mujer, aunque son pocas las mujeres que toman la profesión. La acción del jaibaná se extiende a todo, y lleva como distintivo un pequeño bastón, un poco diferente del que usan los demás indios. Es un tronquito de macana (palma) cuyo mango es una cara de hombre tosca y fea. Este bastón tiene los mismos privilegios que los “santos, jai o muñecos”, como llaman a ciertas figuras de madera, a quienes tributan culto.*

*Ordinariamente, el jaibaná recibe su primera consagración del demonio, antes de nacer. Para ello, un jaibaná de gran categoría hace algunas ceremonias sobre la persona de la madre del que quieren consagrar, de modo que, al nacer el niño, ya es, como se dice, “un pichón de jaibaná”. ¡Pobre niño!*

*En una ocasión tratábamos de preparar a uno de estos infelices para el santo bautismo, y como para animar a su padre para que nos ayudara, le dijimos: “El bautismo quitará el alma de su hijo de las garras del demonio”. Nos respondió, poniéndose triste: “Este ya no deja diablo, porque yo entregó a él desde antes de nacer”. Al vernos asustadas, dijo: “No asustes, hermana, si no entrega a diablo así, no sale jaibaná fino”<sup>13</sup>.*

*Sabbarí era brujo. Desde el principio fue atento con las misioneras, pero no daba un paso serio para abrazar las doctrinas religiosas, aunque se veía la*

---

<sup>12</sup> Dabeiba p. 264.

<sup>13</sup> Cartas misionales pp. 408-409.

*lucha terrible que sostenía. Sin duda ninguna, el demonio con quien estaba comprometido en su profesión de jaibaná, le sostenía la lucha que debió ser terrible, puesto que frecuentemente se le veía triste, sobre todo después de oír explicaciones relativas a la vida y Pasión de Jesucristo. Alguna vez, con suma discreción, por temor de avergonzarlo, le pregunté por el motivo de su tristeza, prometiéndole suma reserva con los demás. Él, dándome una mirada de tristeza y amor, me dijo: “¡Nosotros es muy malo y Jesucristo es muy querido pa nosotros!”. Esto es: “yo soy muy malo y Jesucristo me quiere mucho”. Esto motivaba su tristeza. Entre mí sentí estremecimiento raro de tristeza y ternura al ver cómo este indio, tan fuerte y arrogante, sentía como una monjita contemplativa, y vi, una vez más, que Dios se impone a todos los corazones, con sus influencias de amor, y que sólo quien cierra su corazón, no las recibe. En otra ocasión, el padre Elías, en conferencia privada con él, le habló algo de la Pasión de Jesús, y dice el padre, con gracia, que le vio caer una lágrima “tan grande como un pan”.*

*Todo lo religioso lo conmovía, sobre todo la sagrada comunión le inspiraba los más ardientes deseos, traducidos en propósitos de enmienda para poderla recibir. Pero el pobre Sabbarí estaba enredadísimo en asuntos y costumbres que lo alejaban de la sagrada comunión. Tampoco dejaba de asistir a las enseñanzas de las hermanas. Frecuentemente, después de las enseñanzas, permanecía ratos en silencio, contemplando el cuadro de la santísima Virgen. ¿Qué hace allí Sabbarí?, le preguntaba la hermana. “Es que ésta es tan bonita”, respondía, como apenado de que le observaran su amor, y sin darse mucha cuenta de lo que sentía.*

*Permitió Dios que las dificultades que se presentaban para recibir los sacramentos, cedieran por haberse encontrado la nulidad de un matrimonio que había contraído, hacía muchos años, llevado de la mala costumbre que antes había de hacerles recibir algunos sacramentos, halagados por regalos y sin que ellos conocieran las obligaciones que contraían, ni estuvieran ligados a la Iglesia por ninguna relación obligatoria. Tal circunstancia le abrió el camino de arreglar su vida y me puso a mí en la necesidad de hablarle claro acerca del jaibanismo que le presentaba obstáculo grave para la sagrada comunión, y con el cual no contaba él.*

*Aproveché, pues, la reunión de los indios de Chontaduro, habida con motivo de la fiesta anual de Navidad, para darles enseñanza general acerca del jaibanismo. Durante la enseñanza todas las miradas se clavaron en Sabbarí, que estaba agachado, y en otro jaibaná de menos prestigio, que se encontraba allí. Cuando terminé, Indalecio, el jefe de la tribu, me dijo: “Madre, todo indio atiende tu palabra y con diablo no quiere amigo; pero palito siempre tiene que dejar”. Esto es, que había comprendido la enseñanza y que no querían continuar*

*siendo amigos del demonio; que los jaibanaes debían entregar los jai o muñecos que les sirven para recetar supersticiosamente. Sabbarí guardó silencio. Todos los indios se fueron y él solo permaneció casi todo el día en un rincón del saloncito que hace de capilla, ora agachado y triste, ora mirando con insistencia el cuadro de la Virgen.*

*Las hermanas, inútilmente trataron de sacarlo de aquel lugar. “Aquí está bueno hermana, deja que yo quiere hablar con Madre; ¡pero no puede porque da tristeza!” Por la tarde salió callado y se fue para su bohío muy arropado en su burubá. Nosotras redoblamos aquella noche, como es natural, nuestras oraciones en favor de aquel pobre que sostenía tan dura lucha con el demonio. Al día siguiente llegó “cariajado”, silencioso, y me dijo: “Anoche no durmió nada yo”. ¿Por qué?, le pregunté. Como quien se deshace de una carga, me dijo: “Yo no puede tener cuentas con enemigo de Dios, no puede mi alma perder y yo tiene mucho jai” (muñecos).*

*¿Y no se siente con fuerza de abandonar el jaibanismo? “Sí, Madre”, me replicó “¡Dios me ayuda!, yo quiero entregar los jai; pero quiero que vayas a mi casa”. Se lo prometí, y, al día siguiente, desde que llegué al bohío, salió al cercado con todos sus jai atados en un solo manajo, y me los entregó, en medio de las lágrimas de sus hijos y de la ancianita madre, que decía entre sollozos: “Ya se muere, mi hijo su bastón intrega, ya no cura”. Al recibírselos, le dije: “¿Queda muy triste? ¡No!, descanso, Madre”, me contestó, mirando al cielo como quien da gracias, y luego añadió: “Dios todo ayuda”.*

*Dos días después vinieron a llevarlo a curar un enfermo que ofrecía pagarle muy bien, y contestó que ya no volvieran a contar con él para esas cosas, que gastaran el dinero en otra cosa, que él jamás se lo ganaría perdiendo su alma.*

*Un mes después hizo su primera comunión con un fervor especial, y cuando le pido un poco de discreción delante de los demás indios, para que no lo persigan, me dice: “No hagás pensión (presión), Madre, que yo no tengo miedo y Dios me ayuda”.*

*Su madre ha enfermado de pena, y él dice: “Loca está mi mamá, si piensa que yo vuelvo a tener cuentas con el diablo”<sup>14</sup>.*

---

<sup>14</sup> Cartas misionales pp. 268-270.



## AGUA BENDITA

*Un caso en que se vio brillar la hermosa firma de Dios en la fundación de Chontaduro, fue en el triunfo obtenido por el “agua bendita” sobre el demonio en cierta ocasión. Fue de la manera siguiente:*

*Enfermó uno de los principales de la tribu que, aunque cristiano, llevaba tan arraigada la idea de que no era posible morir sin haberse sometido a los tratamientos de los jaibanaes (brujos), que aunque varias veces había prometido no llamar a estos agentes del diablo a su casa, a los primeros síntomas de enfermedad llamó, no sólo a los de la tribu, sino que trajo desde Dabeiba al brujo más connotado y terrible.*

*Todo, sin embargo, se lo ocultaron a las hermanas, y para que ellas no se percatasen de ello, hacían las ceremonias a altas horas de la noche, y la presencia de los jaibanaes la hacían pasar como visita de amigos y parientes, completamente independiente de asuntos médicos; pero claro que como esas ceremonias con el demonio deben hacerse acompañadas de baile y tambor, el sonido de éste los traicionaba, porque se hacía oír hasta en la Casa-Misión, martillando dolorosamente el corazón de las misioneras, que veían en ello obstruido el camino para que ese infeliz muriera cristianamente.*

*Un día fueron a visitarlo, sin dejarle comprender que estaban enteradas de la engañifa que les hacían, y con bastante cautela regaron agua bendita alrededor del bohío y por cuantos escondrijos tenía aquella habitación, y luego regresaron a la casa, rogándole a Dios que la eficacia del agua bendita se hiciera sentir, impidiendo en alguna manera las ceremonias de la curación.*

*Aquella noche no se retiraron a sus celdas las hermanas, sino que se propusieron observar, desde un corredor, aquel fatídico bohío. Sintieron el paso de muchos indios, ya muy tarde en la noche, por delante de la casa; luego, oyeron que se comenzó el baile; a poco, percibieron el toque de corneta cavernosa y triste con que llaman al demonio en tales casos y la lúgubre respuesta de él, que repercutía alargándose por el fondo de una cañadita o hendidura de la cordillera, como si bajara de la cumbre.*

*Con la mayor ansiedad, las hermanas emprendieron el rezo del santo rosario y esperaron. Notaban mucha inquietud en las sombras de los bailarines, que se proyectaban, a pesar de la oscuridad de la noche, con el fulgor de las llamas del fogón, en los árboles que rodeaban el bohío. Algunos parecía que se asomaban a mirar en busca de algo que había de llegar.*

*Las hermanas dejaban deslizar por sus labios, ansiosamente, “Acordaos” y más “Acordaos”, a fin de que la santísima Virgen tuviera misericordia de aquellos indios e impidiera la llegada del diablo. Y cuál fue su inquietud al ver bajar por la cordillera un globito de luz que se agitaba con inquietud, cual si lo trajera una mano temblorosa. Aquella luz iba descendiendo rápidamente hasta que se encauzó por la cañada y llegó al bohío. Parecía que entraba por un lado y que era rechazado; entraba por el otro y pasaba lo mismo.*

*Al día siguiente, las hermanas fueron a visitar al enfermo y lo encontraron sumido en la más profunda tristeza. Al otro lado del bohío yacía el jaibaná de Dabeiba, completamente resquebrajado y sin poderse mover. Preguntándole lo que había sido, respondió francamente: “¡Vos es culpa, hermana! Vos echando tu agua, ese remedio tuyo, por todas partes y ese no dejó entrar patrón de nosotros y como aquí también echó tu agua” (señalaba hueco en el tablado del bohío) yo cayó y todo quebró mi hueso; no aguanto”. Y llorando inconsolables todos los del bohío, con lo cual se conmovieron profundamente las hermanas y les dieron la oportuna enseñanza, y emprendiendo la curación del pobre jaibaná resquebrajado, le compusieron las diversas luxaciones y le pusieron algo para calmar los dolores.*

*El pobre enfermo hizo nueva abjuración de la superstición y del trato con el demonio, y vino a morir después de recibir los sacramentos, muy contrito, dirigiéndose a la Virgen con la dulce jaculatoria de ¡María, Madre mía, sálvame!<sup>15</sup>.*

*En otra ocasión, durante la agonía de un pobre indio, lleno de compromisos con el diablo y muy enredado con los jaibanaes de su tribu, no se resolvía a dejar las supersticiones que le ataban a ellos.*

*Las hermanas se presentaron al bohío, sin anterior aviso, y a su llegada, o unos momentos antes, los perros (que no eran pocos, pues es en lo único que a veces son ricos los indios), comenzaron a aullar de modo medroso; las gallinas saltaban y clocaban dando gritos; los pavos daban graznidos despavoridos, y hasta un gato se espeluznaba, y los pollos parecían buscar asilo bajo los cántaros del bohío. Los árboles se mecían de modo no ordinario y hasta el fuego del fogón quería crujir como si se tratara de un incendio. Los indios del bohío gritaban o refunfuñaban asombrados, y el enfermo renegaba. Aquello parecía el momento de una catástrofe.*

*Las hermanas comprendieron la treta del demonio, y como iban bien provistas de agua bendita, salieron, regándola por alrededor del bohío y dentro*

---

<sup>15</sup> Dabeiba pp. 269-271,

*de él, a la vez que rezaban el Magnificat. Todo, en seguida, se calmó; los indios les hablaron tan atentamente como en ellos cabe y el pobre enfermo lloró como un niño.*

*¡Oh poder del agua bendita! Y cuántos prodigios obrados por ella guarda la Congregación de Misioneras antioqueñas.*

*Así pudieron preparar al pobre moribundo, que ya no encontró obstáculo para su conversión y con delicadeza suma decía: “¡Casi muere yo, hermana, con Antomiá! ¡Yo mucho agradece vos, muy amiga con mi Dios!”.*

*Efectivamente, el pobre enfermo hizo conmovedores actos de contrición, e invocó a la santísima Virgen lleno de confianza, y en tales sentimientos vivió dos o tres días más y murió haciendo actos de amor y de dolor <sup>16</sup>.*

## **EL SANTO ESCAPULARIO**

*Algunas veces los indios conocen que un enfermo está embrujado; pero ignoran cuál jaibaná hizo el mal y tienen miedo. Para conocerlo, después de muerto el paciente, cubren su rostro de ceniza, y después de un rato lo lavan, ¡y cosa rara!, queda retratado el embrujador en las facciones del muerto. No hace mucho tiempo que murió en tales condiciones Julia Domicó; le aplicaron el procedimiento y quedó retratado Eulogio Pernilla, su padraastro. Con la particularidad de que es tuerto y tuerta quedó la difunta. Otro caso: murió un muchacho de unos veinte años, en cuya enfermedad le asistieron las hermanas. Le aplicaron la ceniza y se volvió viejo, como de setenta años. Las Hermanas se sorprendieron al verlo así; pero los indios le señalaron al momento la semejanza con Cipriano Domicó, viejo jaibaná, de quien jamás sospechaban los padres del joven difunto.*

*Algunos embrujados escapan de la muerte, siendo curados por un jaibaná de grado superior al embrujador. Sólo un caso tenemos en que esta ley falló. Isaías Pernilla, indio ya cristiano y que frecuenta los sacramentos, le hizo un robo a Evaristo Pernilla, su abuelo. Este es el jaibaná de grado más alto que tiene esta tierra. Pues bien, el viejo quiso vengarse de su nieto y entró a casa, en donde se encontraba Isaías. Delante de las hermanas, le cogió por el cabello, hizo unas cuantas muecas y le escupió a la cara. Luego lo soltó y dijo: “¡Este una semana muere!”. Todos los presentes se alarmaron, y dijeron: “Saías muere”. Efectivamente, el pobre hombre quedó loco. Me llamaron, y les aseguré que como Isaías comulgaba, no moriría embrujado. Lo empapamos con agua*

---

<sup>16</sup> Dabeiba pp. 246-247.

*bendita y todas las hermanas recurrimos a Dios, pidiéndole el triunfo sobre el demonio. Tres días estuvo loco rodeado de la familia que aguardaba verlo morir. Imposible que en caso tan importante para el triunfo de la idea religiosa nos dejara Dios esperando. Con unas medicinas “aliñadas” con agua bendita se puso bueno el indio y hoy está robusto y sano, con sorpresa de todos, aun del mal abuelo.*

*Cuando los Jaibanaes son amigos y quieren curar, alcanzan triunfos sobre enfermedades que jamás se curan entre los civilizados; pero jamás entran en curación si el enfermo no renuncia a llevar el santo escapulario del Carmen y ha habido casos en que la curación fracasa por la influencia del santo escapulario <sup>17</sup>.*

*Otro caso. El jaibaná (brujo) fue a curar a un enfermo. El enfermo debía permanecer sentado con los pies en el suelo y nosotras en silencio y sin luz. Eran las ocho de la noche. No tuve inconveniente en obedecer la orden de apagar la luz, porque, al hacerlo, dejé un fósforo listo para encenderlo cuando empezara la operación, bien segura de que los jaibanaes, una vez principiado su oficio, no ven lo que sucede alrededor. Tan pronto como sentí que el médico comenzó a hablar convulsivamente, prendí la luz, y como lo esperaba, no lo notó el “Dontor”. Después de muchas monerías y de darle al enfermo aguardiente bien revuelto con hojas de murrayo, dio principio a las “sobas” con el muñeco, hablando a media voz. Dio de pronto el médico un silbido largo y fuerte que, según dijo una india que estaba presente, era toque de llamada al demonio. Con él, la actitud del médico se mudó de un modo tal que parecía otro hombre; se tornó en fiera, por decirlo así*

*Le frotaba al enfermo los brazos, desde las manos hasta el pecho; pero llegando el muñeco al escapulario del Carmen, que pendía del cuello del enfermo, se detenía (con enfado) y volvía a la misma operación, diciendo: “Mi animalito no quiere entrar onde corazón”. Repitió muchas veces lo mismo; pero no pasaba de los cordones del escapulario. Con mayor convulsión y con creciente furor empezó las sobas del vientre al pecho, pero no pasaba el muñeco, del escapulario. Repitió esto muchas veces con idéntico resultado: el muñeco se le resistía al tocar el escapulario. De repente quedó el médico como lelo como por cinco minutos; luego se estregó el cuerpo con el muñeco, y dijo (cogiendo el escapulario como pretendiendo botarlo): “Este tiene que botar; mi animalito dice este trapo impide”. Le dije: “Si ese trapo impide, entonces la camisa también debe impedirle”. A lo que me repuso: “La camisa no, mi animalito dice este trapo impide pasar, porque es como Cristo”. Resueltamente le dije entonces: “Ese trapo no se lo dejo quitar, prefiero dejar morir al enfermo”. Y*

---

<sup>17</sup> Cartas misionales pp. 334-336.

*volviéndome a éste le dije: “Si usted quiere quitarse el escapulario, tiene que irse de aquí y no volverá a ser hijo mío”. Al oír esto Justiniano, con acento de indecible devoción, dijo, apretando el escapulario con las manos: “Este no me lo quito yo, aunque por ello tenga que morir en el acto”.*

*Las hermanas, enternecidas, gritaron: “¡Viva el escapulario del Carmen!”. ¡Antes que quitárselo, preferimos verlo morir!*

*Entretanto, el médico saltó a medio salón y brincaba como movido por oculto resorte, y con los ojos horribilmente abiertos, me amenazaba con el puño cerrado y me decía: “¡Si no dejas curar, yo reviento esta casa! Mi animalito (ídolo del diablo) mucho puede”. Entonces tomé agua bendita y con esto quedó inmóvil por poco tiempo, lloró y, cuando se desahogó, quedó en perfecto sosiego<sup>18</sup>.*

## **ALMAS DEL PURGATORIO**

Ha habido santos que nos hablan en sus Autobiografías de las almas benditas del purgatorio que con el permiso de Dios, se les han aparecido para pedirles ayuda. Esto prueba una vez más la autenticidad de las verdades que enseña la Iglesia católica, como ésta de la existencia del purgatorio. Santa Laura también nos habla de algunos casos que a ella le sucedieron. Refiere:

*Estando en Marinilla dirigiendo el Colegio, tuve varias veces la visita de algunas ánimas del purgatorio. En una de ellas me hallaba acostada, cuando oí unos lamentos muy tristes en el patio contiguo a mi cuarto. Cosa rara, la ventana que daba al patio estaba cerrada; pero yo la veía abierta y sin estar la persona al frente, la veía. Era una muchacha robusta, muy entristecida, sentada en una piedra que había en la mitad del patio y me decía: “Déjeme entrar y deme de lo que tiene”. Le di el permiso y entró, como sin tocar la ventana. Llegó hasta mi cama y me dijo: “Vea, sufro mucho, no me abandone. Otras esperan alivio allí” y señaló hacia el patio.*

*Entonces las vi y eran varias, muy tristes. Luego le dije a la muchacha: “Sálgase y dígalas que a todas les daré lo que desean”. Ella salió. Entonces cesaron los lamentos de afuera y vi que la ventana estaba completamente cerrada y el cuarto oscuro. A eso dieron las doce de la noche. Me dormí y al día siguiente pregunté quiénes se habían muerto en esa casa y me dijeron que había sido beneficencia y que habían muerto muchos; que la última había sido una muchacha cuyas señas correspondían a las que di de mi aparecida.*

---

<sup>18</sup> Cartas misionales pp. 106-107.

*Naturalmente, ellas entraron en mi oración desde aquel día. Ya desde que estaba en mis oscuridades de los seis años, me habían pasado cosas raras con las almas del purgatorio, como ésta: tuve la idea de hacer el voto heroico, pero con miedo, aunque no se me ocultaba que era de todo punto infundado mi miedo; sin embargo, no pude hacerlo sino por unos meses, es decir, me dejé libertad para retirarlo a cierto tiempo. Una noche, no sé si dormida o despierta, estaba yo en un corredor y vi que se asomaban a la puerta de la quinta que ocupaba entonces —la misma del daño del diablo en la ceiba— una multitud de personas que eran ánimas del purgatorio y desde allí me pedían permiso de acercarse. Se lo di; pero diciéndoles que no entraran todos juntos para que no se molestaran los de la casa.*

*Entró primero un viejecito que conocí en mi niñez; se llamaba Ño José. Le dije, dándole su nombre: “¿Qué quiere?”. Me contestó con voz muy débil: “Mi partecita”. Inmediatamente comprendí que se refería al voto. Le contesté que sí y que se fuera. Entró enseguida una señora que había muerto hacía más de doce años, Laura de Sierra. Me dijo lo mismo y se lo prometí. Entró entonces un hombre de pelo catire con porte como de inglés o francés; me dijo lo mismo. Se lo prometí y le dije: “Dícales a los que están en la puerta, que a todos les doy su parte, pero que no entren porque ya me voy”. El hombre les dio la explicación y desde lejos me hacían ademán de agradecimiento <sup>19</sup>.*

*En otra ocasión, si mal no recuerdo en la noche del 29 al 30 de enero de 1928, por ahí como a la una de la mañana o las dos, desperté sobresaltada con algo luminoso y muy real que pasó por mí. Inmediatamente comprendí que era el alma de mi hermano Juan de la Cruz que salía del purgatorio. Y no fue que comprendí solamente, eso es demasiado poco, fue que tuve la noticia sobrenatural y clara de la cosa, de modo que me era imposible dudar de lo que fue.*

*Quedé muy inundada en amor por algún rato y luego volví a dormirme, muy agradecida a mi Dios por esta luz y conocimiento, así como por haber llevado alma tan querida a su reino.*

*Lo particular era que yo creía que él debía haber salido mucho tiempo antes y sin embargo no me sorprendí. Lo que hice por la mañana al despertar, fue propósito de no comunicarle esto a nadie para que, si todavía había persona que rogaba por él, continuara haciéndolo para que le sirvieran esos sufragios a las almas del purgatorio <sup>20</sup>.*

---

<sup>19</sup> A pp. 211-212.

<sup>20</sup> A p. 837.

*Otra vez me pasó algo que tiene alguna enseñanza y por eso quiero referirlo. Después de retirada a mi pieza, e inmediatamente después de apagar la luz, vi que se iluminaba lentamente un ángulo de la pieza. Tan luego como estuvo todo iluminado, apareció en el aire pero contra la pared, un anciano cuyas facciones pude mirar con mucha claridad; ahora mismo pudiera describirlo. Sudaba mucho y estaba pálido; los labios lívidos y muy delgados. Arrodillado en el aire, se fue acercando hasta el borde de mi cama. No me habló; pero me indicó no sé cómo, que sufría mucho, a la vez que me señalaba con la mano un sitio al lado de la cama.*

*Comprendí que tenía algo allí y que era el motivo de sus sufrimientos. Me levanté y coloqué un papel como señal del sitio indicado por el anciano, el cual me miraba como aprobando lo que hacía. Luego le dije: “Mire, ya señalé y mañana buscaré lo que allí tiene; pero váyase pronto, antes que me dé miedo”.*

*Con esto, la túnica blanca que vestía se puso más blanca y sus labios tomaron el color natural, así como el grueso ordinario. Dejó de sudar y con semblante de agradecimiento, ya sin la amargura que antes mostraba, fue subiendo del mismo modo que bajó, y por el mismo lado de la pieza desapareció. Encendí la luz y fijé mejor el sitio para no confundirlo, contando los ladrillos que había de la parte de la cama al sitio señalado por el viejecito. Por la mañana referí lo ocurrido a mi madre, quien al oír las señas del anciano, me dijo que eran iguales a las que ella muy niña, había conocido del bisabuelo de la dueña de casa, muerto desde hacía más de 50 años <sup>21</sup>.*

## **CONVERSIONES**

Muchos de los indígenas a quienes trató la Madre Laura apenas conocían la existencia de Dios y del alma. Muchos hasta creían que eran como animales sin alma humana, pero la Madre con sus hermanas consiguieron hacer que muchos de ellos descubrieran el amor infinito de Dios y se convirtieron en verdaderos y auténticos cristianos que, por comulgar, hacían cualquier sacrificio y eran un ejemplo para los católicos no practicantes, que había a su alrededor y que todavía los hay en todas partes del mundo.

*Un pobre indio, llamado Cupertino, no quería creer ni en Dios ni en María ni en las hermanas ni en nada. Todo movimiento de las hermanas lo tomaba por el peor lado, pues tenía sospechas terribles y era malo en toda la extensión de la palabra. Pasaron años y no habíamos encontrado el lado para la*

---

<sup>21</sup> A pp. 329-330.

*gracia de Cupertino; nada nos consolaba en él, porque los favores que le hacíamos lo envenenaban más si cabe. Cuanto se le decía de religión, era hacerlo ir de la casa porque no lo aguantaba.*

*—No perdonemos ocasión, les decía a las hermanas, de tratar a ese indígena, a ver si de pronto Dios lo coge o nos muestra con qué se le puede coger.*

*Un día se apareció en la casa con una fuerte enfermedad de estómago, ya muy pasada. Emprendimos la tarea de curarlo y contemplarlo cuanto podíamos; pero logramos sólo infundirle mayor desconfianza. Hacerle rezar.... ¡Dios mío!, le daba rabia y, si lo hacía, casi a la fuerza, tenía tal disgusto que procurábamos acabar cuanto antes.*

*Tampoco los remedios curaban la enfermedad y esto contribuía a que dijera que no queríamos curarlo. —Mire, le decía, aprenda la ley de Dios para que se cure. Por toda respuesta recibía un gesto terrible.*

*Un día se nos ocurrió darle agua con elixir paregórico a ver si se mejoraba de su enfermedad corporal, para que, agradecido, comenzara a dejarse salvar. Toma aquella medicina y a poco, con un semblante amable como nunca lo había tenido, dice: “¡Ese remedio cayó blandito! ¡Tan sabroso! Yo quiere rezar prontico”. ¡Dios mío! ¡Qué sorpresa tan agradable! Dos o más veces al día le propinábamos la medicina ésa y las mismas veces pedía él clase sin manifestar ni desconfianza, ni cansancio, ni dureza de ninguna clase. Poco nos interesábamos porque su enfermedad de estómago cediera al remedio; más convenía tenerlo en necesidad de él, mientras se instruía para el santo bautismo. Sin embargo, la parte física de Cupertino también mejoró y no por eso dejó de tomar el elixir bienhechor, porque siempre se lo dábamos como aperitivo de la ley de Dios. Esto nos daba mucha risa, pero la verdad es que le entró tal apetito de aprender la ley del Señor, que en poco tiempo estaba anhelando el santo bautismo. Cuando estuvo enterado de las verdades necesarias y debidamente preparado, se le dio el santo bautismo. Al recibir la sagrada comunión, lleno de temblor muy fuerte, decía: “Yo no tiene miedo, porque ese Josocristo ya pagó todo mi debe; no tiene miedos”.*

*Después de comulgar no podía separarse de la sagrada mesa, debido al temblor que lo invadía y me decía: “Corazón está blandito, Dios mucho querido, Josocristo todo mi debe pagó... lloraba como un niño aquel anciano que acababa de gustar las dulzuras de Dios.*

*Su vida después fue de fidelidad constante a Dios y ni la idea de la santísima Virgen ni de la Eucaristía, como los de Rioverde, fue la gracia tónica*



*de su conversión. ¡Fue la Redención! Eso de que Jesucristo hubiera pagado a la justicia de Dios lo que él debía y la cantinela diaria del viejecito era: “Dios mucho querido, Josocristo todo mi debe pagó”.*

*Un día le asaltó una duda terrible y se mostró triste y reservado sin decir lo que tenía. Las hermanas le rogaban que hablara claro, si estaba enfermo o qué tenía; pero todo era inútil. Tanto sufría que hasta temimos por su vida, pues se iba acabando lentamente. Una vez dijo: “A Madre mucho necesita yo”.*

*Fui y le rogué que me hablara claro, sin conseguir sino estas expresiones:*

- Josocristo todo lo mío pagó, pero...*
- ¿Pero qué?*
- Yo muy triste..., pero no aguanta pa decir vos.*
- Diga con confianza. ¡Diga que Dios lo quiere mucho!*
- Ese también mucho querido de mío, es decir: yo también lo quiero, pero es que corazón triste...*

*Me estuve mucho rato preguntándole y viendo si le adivinaba y nada conseguí. Cada vez que decía: “Josocristo todo mi debe pagó, lloraba”. Algunas veces me parecía que sería por agradecimiento y otras veces mostraba una duda acompañada de amargura. Así estuvo mas de ocho días y con frecuencia me llamaba en secreto pero no se resolvía a decirme nada. Por fin un día, después de la sagrada comunión, llamándome aparte me dijo: “Ve, Madre, mi hijo mucho pecao tiene, mucho pecao”. Y lloraba inconsolablemente. ¿Será no alcanzó pa pagar de mi hijo? Es que ése mucho pecao... De mío todo pagó; pero de mi hijo, ¿será no alcanzó? Diciendo esto sollozaba como ahogándose de amargura. Le aseguré que Jesucristo había pagado la deuda de todos, absolutamente de todos.*

- ¿Hasta de Gargartijo? Así se llamaba el hijito de Cupertino.*
- Sí, también, porque Jesucristo mucho puede. Esté tranquilo.*

*Con decirle esto, su rostro cambió y, lleno de la más bella alegría, repetía: “¡De mi hijo también todo pagó! ¡Alegre muere yo! ¡Josocristo mucho pagando!, mucho querido; de mi hijo todo pagó ¡yo muere alegre!”.*

*No hay nada más bello que ver a estos infieles convertidos al influjo de la gracia, en corderitos delicados y tiernos. La ternura de Cupertino con nuestro Señor era el más bello consuelo que teníamos en la misión de Dabeiba. Y siempre que les hablaba a los demás, sobre todo a los indios reacios, les decía: “Josocristo toda condena de nosotros pagando: ¡mucho quiere corazón!”*

*Total que la nota característica del cristianismo de Cupertino era la Redención y el misterio que le dio color especial a su conversión. Por el elixir paregórico se nos abrió la puerta de su corazón y la nota que repercutió definitiva en su corazón fue la Redención sin que hubiéramos intentado hacerla descollar en las enseñanzas. Dice la hermana que se la enseñó que, al oírla por primera vez, preguntó mucho y que, cuando se convenció bien de la verdad, lloró<sup>22</sup>.*

## **CURACIONES**

Dios le concedió a la Madre Laura el poder de curar. Así podía decirles a los indígenas que no necesitaban acudir a sus brujos que los alejaban de Dios, porque Dios era un Padre bueno que los amaba y les demostraba su amor con maravillosos milagros de curación de enfermedades, que los asombraban y los convertían.

*En Dabeiba tuve que ponerme a recetar. Tenía gran cantidad de bicarbonato y les dije a las hermanas: con esto tenemos que curar. Ellas se rieron, pero Dios obró con él. Primero fue una mujer con una pierna reventada por muchas partes y con una gran llaga en ella. Sufría erisipela desde hacía muchos años. Estaba palúdica y era de 70 años más o menos. Dios se valió del bicarbonato. Hice cuatro papeletas y le dije de tomarlas una después de cada comida. Bien hubiera podido decirle que se las tomara todas juntas, según eran de pequeñas y de inofensivo el bicarbonato.*

*Se las tomó religiosamente según la “importante instrucción” y quedó curada. Aquella pierna parecía no haber tenido nunca úlcera y la misma mujer la mostraba diciendo: “¡Mire, ni señas! ¡Pues mire qué tan bueno es el bicarbonato!”. La viejecita quedó perfectamente buena.*

*Al saber esto, las gentes que ignoraban que Dios sólo había sido el Autor de esa curación, se agolparon a la casa en busca de remedio y me torné en un “doctor consumado”.*

*Yendo para Rioverde, me sacaban los enfermos, de modo que el camino se veía como una larga fila de gentes, siendo una vía en donde no había sino dos casas; pero era que salían de las montañas a situarse en el camino, cuando sabían que este pobre instrumento de Dios iba a pasar y se colocaban en grupos a lo largo del camino. Naturalmente, yo no me atrevía a desatenderlos.*

---

<sup>22</sup> A pp. 506-508.

*Ordinariamente, al que me acompañabas, algunas veces un sacerdote, se le acababa la paciencia porque la jornada se tenía que repartir en dos días. Entonces determiné recetar más ligero y para eso no enterarme de la enfermedad, sino que les preguntaba qué yerba podían conseguir más fácilmente o qué alimento tenían más abundante y de eso les recetaba. Esto lo hacía, porque sentía que la virtud de Dios obraba lo mismo conociendo yo la enfermedad que no conociéndola y, además, no hubiera acabado.*

*Al viaje siguiente me encontraba grupos de gentes que salían llorando a darme los agradecimientos porque los había curado de viejas enfermedades y me referían de otros que habían recibido la misma gracia, agregando que esos remedios eran muy buenos. En un caso desesperante de una enfermedad penosa, el remedio fueron dos huevos crudos. Me vi en el caso de recetar eso, porque tuve miedo de recetar yerbas a enfermedad tan desconocida.*

*Otra vez fue un hombre enfermo de una cosa vergonzosa y que yo no conocía ni quería conocer; pues lo atajé en su descripción y le dije: “Mire, no necesito que me diga más. Llévase esta pomada y aplíquese tantas veces; la pomada era sebo. A poco volvió el hombre a dar las gracias porque se había curado. Más tarde supe que esta enfermedad no la curan los médicos, porque radica en la sangre, a causa de los vicios.*

*Ya hacía como seis meses que estábamos en Dabeiba y no habían acabado de llegar los enfermos, no obstante que la casa no se veía desocupada. Muchos querían que fuera a sus casas; pero el tiempo me faltaba de todo punto.*

*Una vez me llamaron para un enfermo que llevaba tres años de diarrea de sangre y se había hecho remedios de los médicos de Frontino, pues era uno de los pocos que sabía que había médicos y que podía buscarlos. Todos los remedios le fueron ineficaces y los médicos lo habían dejado ya, tanto más cuanto que ya no podía ir a importunarlos porque estaba reducido a la cama y vuelto un esqueleto.*

*Era muy refractario a “esas mujeres”, así nos llamaban los principalitos. Como no podía ir, le mandé unos remedios con su hijo, pero él dijo que no los tomaba si no iba la Madrecita. Sin embargo, la enfermedad iba hacia adelante y el hijo no quiso volver a llamarme.*

*Pasados muchos días, ya en caso de muerte del hombre, se resolvió el hijo a llamarme, mas como no pude ir por estar mal de salud, le mandé una hermana y un purgante para que lo tomara al día siguiente, muy suave, pues bien se me ocurría que no lo resistiría de otro modo.*

*La hermana volvió diciéndome que el enfermo no aguantaría ya sino pocas horas; pero que decía que con sólo ver a la Madrecita se curaría. Con este dicho le cogí miedo, pues vi que me atribuía las curaciones, siendo únicamente cosas de Dios y no pensé en ir. Al día siguiente se me apareció el hijo con estas razones: “Mi papá no ha pasado hoy ni una gota de agua y dice que no la tomará hasta que no vea a la Madre”.*

*Eran las dos de la tarde: “¡Dios mío!”, me dije, me obliga este hombre a ir, a pesar del miedo que tengo de verme haciendo el papel de santa. Pensé en las agonías de este hombre y me resolví a presentarme.*

*¡Era verdaderamente un cadáver! No se sentaba siquiera. Al verme se medio incorporó y dijo llorando:*

*— Madrecita, si usted quiere me cura.*

*— Yo sí quiero, le dije, pero es la santísima Virgen quien va a curarlo.*

*Le di algunos consejos acerca de la necesidad de confesarse; me dijo que lo había hecho, lo cual era fácil porque había ya padre. Fui a la cocina y le dije a la mujercita, después de repasar en mi mente cuantos medicamentos conocía que pudieran servirle y no hallar ninguno que tuviera la propiedad de resucitar, que era lo que en el caso necesitaba.*

*— Váyase al río y, no de la orilla sino del cordón del río más inmediato a la orilla, cójase una olla de agua; luego hiérvala y la pone debajo de aquellas matas de plátano; cuando esté perfectamente fría, dele bastantita y siga dándole.*

*Al salir le dije al enfermo que la mujercita le haría el remedio. Le aconsejé que no se hiciera remiso para tomarlo y que amara a la Virgen. Él levantó los brazos como para abrazarme y me dijo: “Mire, Madrecita, con verla me curo”.*

*Le hablé algo para que confiara en Dios y salí. Olvidé decir que el pobre hombre me ofrecía una rocita de maíz, lo único que tenía, con tal de que lo curara. ¡Pobrecito!, no sabía que con curarlo yo era la que ganaba, pues que servía para mostrar una vez más el poder de Dios y glorificarlo.*

*Cuando salimos, me dijo la hermana que me acompañaba que por qué había puesto esas condiciones al agua. Sencillamente le receté agua porque me parece inútil otra cosa; el agua al menos le calma la sed. Le dije que fuera del cordón del río porque esta gente no tiene fastidio de nada y cogen el agua de la orilla, del mismo punto en donde tiran los excrementos del enfermo. Dije que del cordón más vecino a la orilla para que no pasara trabajos por llegar al del*

*medio. Que la hirviera porque así es más sana; que la pusiera debajo de la mata de plátano para que se le pusiera más fresca, pues esta gente es tal que se la daría tibia y lo harían vomitar. ¡Ese es todo el secreto! Apenas nos reímos...*

*Dos días después fue la mujercita a preguntarme si le permitía darle de esa misma agua a los niños que tenía enfermos, porque había curado a su marido. Me dijo que con los primeros sorbos de aquella “medicina” se le había contenido la diarrea y que estaba ya en plena convalecencia. Verdaderamente pocos días después me mandó decir que hiciera coger la rocita, que era mía, aunque él y sus hijos se tuvieran que poner a pedir de puerta en puerta. Tuve que aceptarle por lo menos algunas mazorcas, porque no tenía consuelo, si no le recibía alguna cosa <sup>23</sup>.*

*Otra curación. María Eva, casada con Misael Pernilla, avisó que Margarita, su primogénita, estaba malita. Estaba con “varillas”, enfermedad incurable y de poca duración. Tenía ya seis días sin alimentarse y estaba con toda la cabeza y cara moradas, apenas respiraba y ya daba señales inequívocas de su próxima muerte. María Eva trajo la niña a nuestra casa. Como la niña estaba aún sin bautizar..., arrebaté a la niña de los brazos de su madre, muy alarmada por el temor de que expirara sin el agua, y la puse en brazos de una de las viejas para echarle el agua. Tan luego como le derramé el agua en la cabecita, diciendo la fórmula sacramental, la niña abrió los ojos y con fuerza extraña comenzó a buscar el seno materno. Desapareció repentinamente el color morado y acardenalado de la niña, e instantáneamente pasó del estado agónico al de completa salud, pues ya no volvió a estar enferma, ni siquiera debilitada.*

*El gozo de María Eva y de las compañeras fue desbordante y las hermanas que no estaban presentes volaron al sitio a ver a la niña, alegre y sana. Pero no es esto todo. Pocas horas después llegó a la casa como de visita, la familia Arango que vivía en el mismo Pital, aunque bastante distante de nuestra casa. Al conocer la historia, pues las hermanas y las indias aún se ocupaban de comentarla y bendecir a Dios que tan misericordiosamente multiplicaba los favores en beneficio de la fe de estos indios, declararon que conocían perfectamente a María Eva y que la niña había sido bautizada acabando de nacer, por don Joaquín Arango B., hermano de nuestras visitantes.*

*Nuestra sorpresa casi era incredulidad, pues no comprendíamos que María Eva, ya tan instruida en religión, nos permitiera bautizarla segunda vez. Al ver nuestra incredulidad, explicaron cómo don Joaquín había salido a buscar una bestia por los lados del bohío de María Eva, unos dos o tres días después de nacida la niña, y cómo antes de haber allí Misión, acostumbraban bautizar a los*

---

<sup>23</sup> A pp. 401-404.

*indiecitos que nacían aunque no estuvieran enfermos. Sin querer convencernos, llamamos a María Eva para preguntarle y dijo que era verdad que don Joaquín había bautizado la niña, pero que ella no me lo había dicho porque la pena que tenía de ver morir a su hija, no le había dejado recordar nada.*

*No fue pues el bautismo lo que curó a Margarita: fue algo incapaz de hacer naturalmente una curación de esa clase, un agua derramada sobre la cabeza. No nos cupo ya duda de que el favor o milagro, como se quiera llamar, fue mayor de lo que pensamos al principio. Si bien es cierto que el sacramento del bautismo no tiene, como el de la extremaunción, la propiedad de dar salud al cuerpo, sí se imagina uno que Dios puede hacerle producir ese efecto en casos especiales. Claro que esto sólo es una imaginación que nos cuadraba mejor que eso de curarla con un poco de agua no sacramental.*

*La alegría de María Eva y de los indios en general fue muy grande y nosotras bendijimos a Dios con toda nuestra alma. Aunque verdaderamente a mí no me sorprenden los milagros por grandes que sean. En misiones de infieles, el cristianismo se propagó por medio del milagro; de lo contrario no hubiera crecido ni pegado en el mundo. Por consiguiente, a los infieles actuales, en alguna manera les debe Dios esa gracia para que la semilla prenda en el corazón. Es sencillamente que Dios hace esa misericordia en atención a la fe de los pobres que han vivido privados de ella tanto tiempo <sup>24</sup>.*

*Algo personal. En agosto de 1922 fui a San Pedro. Desde la última posada en Poleal, montaña frigidísima de la cordillera central, comencé a sentir cierto inconveniente en un dedo de donde me había sacado hacía ocho días una nigua (insecto pequeñito que se incrusta en la uña) y tan pronto como monté en la mula, que conllevó conmigo todas las inclemencias de las trochas de Urabá, sentí que ella también cojeaba. ¿Qué nos pasaría en Poleal? Seguramente a cabalgadora y cabalgadura nos había dado un beso el frío, porque, cuando llegamos a San Pedro, la mula estaba cojísima y esta pobre cabalgadora no daba un paso por la hinchazón y dolor del pie. Total que llegamos enfermas las dos y de lo mismo.*

*Cada día la pobre mula estaba más mala y los veterinarios no acertaban con el achaque. Que es hormiguillo, decían unos; que renguera, decían otros, y el resultado era que las medicinas no resultaban y que el pobre animal ya no se tenía en pie con una cadera grandísima y todo el muslo y la pierna hinchadísimos, parecía que iba la Congregación a perder a la mejor de sus mulas.*

---

<sup>24</sup> A pp. 679-681.

*Y entretanto, la cabalgadora sufría con el pie reventado, muy hinchado y con dolores inauditos que llegaron a producirle fiebre. Se consultó a Medellín y, aunque se aplicaban los remedios que de allí mandó un magnífico médico, cada día estaba peor. Las medicinas tampoco dieron resultados y se llegó hasta el caso de pensar en amputación del pie.*

*Todo cuanto se necesitaba para conducirme a Medellín en una camilla, estaba listo. Ya la mula había comenzado a mejorar con fricciones de manteca, que si no recuerdo mal, esta servidora le recetó, con sal bien caliente. Pues cuando se aprestaban los peones que habían de salir conmigo para Medellín, se me ocurrió ponerme el mismo remedio de la mula y le dije a una hermana que, sin decirle a nadie, me diera un poco de esa manteca de la mula. ¡Qué fue aquello! Desde la primera plumada sentí bienestar en la herida y comencé a ver menos irritada la hinchazón. En vista de estos buenos efectos, dije que se aplazara el viaje para el día siguiente y todas naturalmente convinieron. Tres o cuatro días después, tanto la mula como esta servidora, estábamos restablecidas y buenas. ¡Dios mío, qué coincidencia tan especial!<sup>25</sup>.*

*En otra oportunidad, cuando llegué de un viaje, encontré a casi todas las hermanas enfermas. Una gripe terrible las había reducido a la cama a casi todas; pero había una que estaba de peligro y era novicia todavía. Esta hermanita, a pocos días se puso loca terrible; llegó hasta el extremo de tenerla que amarrar. Los remedios todos estaban agotados y eran ineficaces. Su estado era tan terrible que tampoco era fácil enviarla a su casa, porque estaba muy furiosa. Supe entonces que la abuela había sido loca y que había muerto en tal estado. De modo que por todos lados la esperanza de curación estaba perdida.*

*En lo más recio de la situación, entró el padre Elías y con gravedad me dice: “Madre, le ordeno que la cure”. Lo miré pensando que aquello no era cierto y, al verme indecisa, reiteró la orden terminantemente. Tuve tanta vergüenza de las hermanas que estaban presentes, que le dije si me permitía ir a la capilla y de allí obedecerle. Me dijo que como quisiera; pero que de todos modos lo hiciera.*

*Llena de confusión me fui y acercándome al sagrario, sin arrodillarme y sin nada, le dije al Señor: “Me mandan que cure a la hermana y yo no puedo curarla, ni desobedecer, ¿qué hago?”. Inmediatamente entendí que a los seis días se curaría, sin remedio alguno.*

*Salí y en el camino me encontré con el padre Elías, quien con suma seriedad me dijo: “¿Ya la curó? No, padre, —le contesté—; dentro seis días*

---

<sup>25</sup> A pp. 687-688.

*estará buena. Creo que Dios no quiere que se cure hoy mismo. El padre se rió ligeramente y salió.*

*A los seis días, sin antecedente ninguno, la loquita dijo que la soltaran de donde estaba atada, que ya no tenía nada. La desatamos y efectivamente estaba ya sin fuerzas, pero en todo su juicio. La llevé a la cama y a los pocos días de reconstituirse con una alimentación buena y descanso, se levantó tan buena que pude mandarla a Santa Teresa, en donde se necesitaba una religiosa para acompañar a las demás. Es de advertir que toda esa última semana la había pasado gritando y por eso estaba muy ronca <sup>26</sup>.*

*Un día, terminando la santa misa, notamos que el padre se descompuso mucho y sin poder dar gracias me dice: “Estoy malo”.*

*Se le declaró una disentería terrible, agudísima. A poco tenía fiebre altísima. Pensar en llevar médico u otro sacerdote, imposible. Por aquel camino era el primer sacerdote que se resolvía; y médico ni pensar. Cada día el enfermo se ponía peor, pero no flaqueaba nuestra confianza. Algunas gentecitas con esa sencillez campesina que no sabe respetar nervios, le decían: “Prepárese, mi padrecito, porque con un achaque de esta clase murió fulano o perano, en tres días. ¡No escapa! ¡No mi padre!*

*Esto lo iba poniendo peor naturalmente. Tuve que poner una hermana para que no permitiera que los campesinos hablaran con el padre. Pero verdaderamente la enfermedad avanzaba y llegó a parecerme que se ponía de muerte. ¡Dios mío!, comencé a hacerle un remedecito que recordaba, de esos caseros de no mucha eficacia, pues no había elementos para otro. Lo que el remedio no haga, nos dijimos, que lo haga la Virgen, porque el padre no puede morir ahora sin que perjudique mucho las obras de la Misión, y lo encomendamos a la Señora de nuestro corazón. Apenas había tomado dos o tres veces el remedio, cuando la enfermedad cedió y no poco a poco; sino de una vez, en un momento <sup>27</sup>.*

*Hay un caso que me da más trabajo referir y que hubiera querido dejarlo en el tintero. Sólo consideraciones muy altas me mueven a referirlo. ¿Por qué temo contar esto especialmente? Porque todas las veces que Dios curó por medio de mí, no sentía que curaba y esta vez sí. Tiemblo al recordarlo y mucho más al referirlo. ¡Dios mío! a Vos solo la gloria de todo y, si con estas cosas quisisteis acreditar nuestra misión entre los pobres y los indígenas, haced que*

---

<sup>26</sup> A p. 650.

<sup>27</sup> A p. 563.



*quienes lean esto lo atribuyan a Vos y entiendan la razón por la cual lo hicisteis y no quieran atribuirlo a mérito de mi parte.*

*Desde las primeras horas de viaje, en todas las casitas salían a decirme: “Mire, Madre, se está muriendo ña X, cúrela”.*

*— ¿Quién es ña X?, pregunté. Al darme las señas entendí que era una señora que en “Chupadero” me daba siempre algo, haciéndome mucha caridad, porque en aquella región no se encuentra nada ni para aliviar el hambre ni la sed.*

*En otra casita me dijeron que probablemente ya habría muerto, porque la habían dejado en las últimas. En otra hablaron de los remedios que le habían hecho y cómo habían agotado todos los recursos. En fin, pudimos ver cómo sentían las gentes la desaparición de la tal señora. Aunque la conocía hacía mucho tiempo, jamás llegué a preguntarle su nombre, ni supe nada de su historia; por eso me pareció raro el empeño con que todos se interesaban por ella y me rogaban que no pasara sin recetarle. “Cúrela, Madrecita”, me gritaban de las casitas. Naturalmente yo también me iba interesando y, desde que llegué a donde se veía la casita, le pedí al Señor que tuviera misericordia de ella.*

*Llegué, desmonté rodeada de todos los que esperaban. Entré y no quise conocer la enfermedad porque tenía afán de llegar antes de la noche a Rioverde. Le puse la mano en el estómago a la enferma, a la vez que le aconsejaba la resignación en sus dolores. Entonces sentí que el contacto de la mano había curado a la enferma. No sin impresión me retiré y para disimular un poco la cosa quise recetarle algo; mas como no vi allí yerbas, pues estaba todo limpio, no se me ocurrió sino decir que le dieran caldo de un venado que entraban en ese momento muerto.*

*Inmediatamente monté y salí llena de una emoción extraña. Verdaderamente, ¡cómo se conoce la influencia de Dios! Después circuló por todas partes la curación de esa señora; pero nadie la atribuía al caldo de venado, como yo lo procuré y lo deseaba. Aún creo que vive la señora.*

*Es ésta la única vez que he sentido la influencia de Dios de un modo claro, en esta clase de favores. Las otras veces se ha hecho sin que lo advierta este mísero instrumento<sup>28</sup>.*

---

<sup>28</sup> A pp. 501-502.

*¡Estas pobres gentes de Dabeiba eran pobres en todo y pequeñas en todo! Pobres en fe, en dinero o bienes de la tierra; en virtudes, pues eran focos de pecado; en conocimientos, pues eran el colmo de la ignorancia.*

*¡Y eran pequeños en todo, hasta en fuerza, porque era gente endeble y carcomida por los achaques! Era pues cosa natural en Dios hacer estos favores a quienes tanta compasión merecían. Por esto he procurado siempre que las hermanas no vean en estos favores y prodigios ningún mérito en las misioneras, sino sencillamente la compasión de Dios por los pequeños y los pobres. Esto es tan cierto que sólo después de nueve años vemos un prodigio de éstos, hecho en favor de uno de los que se titulaban grandes en Dabeiba. Tan grande y tan feliz el sujeto ése, que se creía con derecho a blasfemar y lo hacía como quien quiere competir con el demonio. ¡Qué infeliz, qué pequeño y qué pobre es ése, Señor! ¡Pero se cree rico, feliz y grande! El cielo por él insultado muchas veces le hizo sin embargo un favor de esos prodigiosos, pero creo que para llamarlo a la fe y salvarlo.*

*Hará sólo unos cuatro años que el infeliz blasfemo a que me refiero, tuvo la pena de ver a una hijita ya a la muerte, de una enfermedad desconocida; pero con todos los síntomas de mortal. Buscó recursos en los médicos más connotados y todos declararon que la niña moriría. Naturalmente, aunque las gentes me tenían alguna confianza en lo de medicina porque al fin les hacía el bien que estaba a mi alcance, él no pensaba recurrir a persona tan repugnante y tan “papista” como yo. Era uno de nuestros acérrimos enemigos y perseguidor de todo lo que se relacionara con Dios. Pero llegó un momento en que el amor a la niñita le hizo olvidar su odio y cedió a las instancias de una amiga que le indicaba mandarme la niña.*

*Me la mandó con una esquila tan altiva, que sin que yo pueda decir ahora los términos precisos de ella, puedo asegurar que quería decirme que me hacía el honor de ocuparme. Leí la esquila y con lástima y buen deseo de ver si haciéndole algún favor a este señor, se daba por vencido, tomé la niña —tendría un año—. Efectivamente vi que la enfermedad era rarísima y pensé que sólo Dios podría curarla. Pero en mi ansia de ver si esa sería la puerta para la conversión de aquel hombre y un triunfo para la gloria de Dios, puse toda mi confianza en Él y le dije que oyera nuestra súplica, puesto que había intereses muy grandes de su gloria en el asunto.*

*Me entré a la clausura, en busca de la opinión de la hermana María del Sagrado Corazón, muy entendida de enfermedades de niños; pero ella me dijo: “Con nada de abajo se cura esa muchachita; dígame a Dios que se la cure, para que ese hombre se convierta”.*

*Como esa hermana era mi madre, vi en ello un verdadero mandato y acto seguido le hice a Dios la petición formal de la curación; pero como había de devolverla con alguna receta, le envié a decir al señor que la niña se le curaría y que le diera un baño de leche. A poco volvieron con la niña a darme las gracias y que le recetara un reconstituyente, pues había quedado débil. Así lo hice; pero en esta vez, consultando con un sacerdote, la entré a la clausura y con el mayor sigilo le puse el agua del bautismo. De modo que donde esté, esa criatura es cristiana y nadie sino el sacerdote y las hermanas lo saben; y es la única hija de ese señor, que se ha bautizado...*

*En cuanto a la familia de la niña, se hizo amiga de las hermanas y el infeliz padre aún no se ha convertido, pero nos apoya como puede y se afana por el bienestar de las hermanas y habla bien de ellas. Como respuesta, cuando me pidió la cuenta de la curación, no le di otra que la de que me daba por bien servida con que la niña se hubiera curado y ellos se hubieran consolado. Este recado lo llenó de agradecimiento y se constituyó defensor contra nuestros enemigos <sup>29</sup>.*

## **RESURRECCIÓN DE PRÓSPERO**

*Próspero Jumí, indio dócil y adicto a nosotras desde el principio, era hijo de una vieja a quien juzgamos siempre endemoniada por todas las apariencias. Era una verdadera bruja. Desde que llegamos se le preguntó si su hijo Próspero estaba bautizado y contestó con mala gana y rabia, como siempre, que todos sus hijos eran bautizados desde chiquitos, por “Jesubita”. Nunca logramos saber quién era ese “Jesubita”, que algunos poquísimos recordaban. Suponemos que era el padre Fouller, quien estuvo un tiempo en Dabeiba y se afanó mucho por los indios. Preguntamos a los indios más viejos y todos declaraban que los hijos de Maximiliana estaban bautizados.*

*Llegamos, pues, a no dudar de que Próspero hubiera recibido el sacramento y nos empeñamos en instruirlo para que pudiera recibir los demás y entrar de lleno a cumplir la ley de Dios. Indio de condición suave y dócil, tenía una compañera menos suave y dulce que él y un pequeñito. Total, tres almas que contábamos como ya en camino de salvación.*

*Enfermó Próspero gravemente y las hermanas se empeñaron en asistirlo muy bien, yendo desde Dabeiba hasta el Pital casi todos los días. Por fin llegó el momento de darle los santos sacramentos y el padre, viendo que no podía*

---

<sup>29</sup> A pp. 432-434.

*confesarlo pues todavía no sabía de eso nada, ni se le había nombrado ese sacramento, determinó darle la extremaunción.*

*Algo también pudieron las hermanas excitarlo al dolor de los pecados y así recibió la absolución sin que supiera qué era eso. Ya en las últimas, después de nada tener que hacer, se vinieron las hermanas para Dabeiba, es decir, a una distancia de dos leguas. Apenas habían llegado éstas, cuando llegó un señor civilizado y nos dio la noticia de que Próspero había muerto y pidió algunas luces para mandarles a los duelos para esa noche. Todo lo despachamos y rezamos por el alma de Próspero, con la mayor esperanza de que se había salvado.*

*Ya a la oracioncita, es decir, al anochecer, pasaron varios grupos de indios que iban a velarlo, o a “veloriar”, como decían ellos. Estábamos ya recogidas, después de rezar nuestras oraciones de la noche, en completo silencio, serían las nueve, cuando me sentí con una profunda seguridad de que Próspero había muerto sin el santo bautismo, y de que habíamos sido engañadas por los indios al asegurarnos de su bautismo.*

*Me inundaba algo como una amargura que comprendía bien ser de Dios. No puedo decir que hubiera oído voz ninguna; pero sin que la hubiera oído, entendí de un modo claro que había muerto sin bautismo; tampoco entendía en detalle nada, sino en conjunto, como una especie de conflicto en mi alma, de donde salía clarísima la seguridad de la muerte sin bautismo. Inmediatamente, sin respetar el silencio, ni siquiera advertirlo, les dije a las hermanas:*

- ¡Por Dios! Próspero se murió sin el bautismo.*
- ¿Cómo lo ha sabido, Madre?*
- No lo sé. Tan sólo sé que murió sin bautismo.*
- ¡Todos aseguran que estaba bautizado!*

*Entonces les dije con energía: “No, no se trata de nada nervioso; acabo de saber que estaba sin bautizar. En consecuencia, digámosle a la Virgen que le rezamos el santo rosario, entero, a la media noche, para que vuelva Próspero a la vida, a fin de que reciba el santo bautismo.*

*Las hermanas ya no se atrevieron a replicarme ni les pareció atrevida mi petición, ni dudaron de la verdad del acontecimiento ni de que la Virgen nos oyera. Todo se hizo como la cosa más común del mundo.*

*Por mi parte quedé perfectamente tranquila y segura de la gracia. Todas nos dormimos como bienaventuradas, sin inquietarnos más por el muerto. A las doce rezamos el santo rosario entero y volvimos al sueño.*

*Muy al amanecer pasaron algunos indios que bajaban del Pital y muy asustados decían: “¡Próspero desvelorió! Esta nochecita nosotros veloriando; pero hoy ya desveloriao”.*

*Tratamos de pedirles explicación y no salían de decirnos que, cuando lo estaban velando, había vuelto a la vida, porque Madre mucho sabe. Un poco más tarde pasó el doctor indio más connotado de la región, al cual llamábamos “Chichora”, y nos dijo, a la vez que me daba palmadas de cariño y admiración en la espalda: “Vos mucho sabe; nosotros doctor muy bueno; pero no sabe pa desveloriar. Madre sí, mucho bueno pa desveloriar. Próspero tempranito moriendo, cuando ya pintaito, noche ya, Madre desvelorió”.*

*Es decir, que los médicos indios saben mucho pero que no saben volver los muertos; pero que Madre sí sabe resucitar. Yo le repliqué:*

*— No diga así; fue Dios quien lo desvelorió.*

*— No, respondía; no, nosotros viendo vos desveloriando; nosotros viendo pues; vos mucho sabe, vos mucho querido; nosotros no sabe nada.*

*En fin, no nos quedó duda de que Próspero había vuelto a la vida. Todo el día siguieron pasando indios y todos entraban a decir que Madre había “desveloriao” a Próspero. ¡No pude por nada quitarles la idea de que había sido yo quien lo había resucitado!*

*Les dije a las hermanas que quizá Dios permitía esa idea en ellos para que nos tuvieran fe y creyeran lo que les enseñábamos; que lo mejor era dejarles la idea, ya que no podía decirles que yo no había sido. Pero lo que hace el favor mayor, es lo que sigue: Al verme de nuevo con Maximiliana, le dije:*

*— Su hijo estaba sin bautizar, ¿no es verdad?*

*— No, mi hijo bautizado cuando chiquito.*

*No quise asustarla y la dejé. Llamé enseguida a un viejo de los mejores conocedores de todo y le dije que, si no me decía la verdad al respecto, Dios lo castigaría severamente. Me contestó, exigiéndome mucha reserva, que desde que nosotras llegamos, Maximiliana les había encargado a todos los indios que dijeran que todos sus hijos eran bautizados para que no fuéramos a bautizarlos, porque si eso sucedía, ya quedaban soldados. Todavía no me conformé con esta información sino que pedí otras de viejos conocedores, independientemente unos de otros, y todos contestaron lo mismo y afirmaban que Maximiliana no había jamás pensado en bautizar un hijo porque era muy remontada (refugiada en el monte). Entonces ya, con esta seguridad, llamé a la misma vieja y sin darle*

*tiempo de asegurarse le dije que ya Dios me había dicho que Próspero no estaba bautizado y que a ella la castigaba si no lo dejaba bautizar. Me contestó: “Yo miedo pa bautizar todo mi hijo, por eso yo hablado mentira vos”.*

*Me convencí de que Próspero debía ser bautizado y en consecuencia fueron las hermanas a visitarlo. El mismo confesó que no estaba bautizado y se procedió a prepararlo, sin afán, pues él no volvió grave, ni siquiera enfermo sino en estado de completa salud; sólo estaba un poco debilitado. Aún vive y es un buen cristiano.*

*Con esto, los indios comenzaron a tener fe en mi “ciencia médica”, no obstante confesar que en lo de Próspero no había medicina ninguna; sencillamente decían: “Madre desvelorió...”.*

*Viviendo entre infieles, a quienes Dios quiere dar fe, se está constantemente como nadando en prodigios y uno no los advierte; es como si eso fuera natural <sup>30</sup>.*

## **MILAGROS**

*Un día vino Juan de Jesús y me dijo:*

*— Madre, ¿vos muy amiga con Dios?*

*— Sí, le respondí.*

*— ¿Dios a nosotros haciendo?*

*— Sí, le dije.*

*— Y tu Dios, ¿por qué haciendo pa matar con jambre (hambre). Nosotros muere con jambre, mucho angosta, todo comiendo.*

*Es decir, que Dios los había hecho para después matarlos de hambre porque también había hecho la langosta. Juan de Jesús continuó: “Si vos mucho amiga con tu Dios, si vos mucho quiere a nosotros, ¿para qué no decir tu Dios quite angostas?”.*

*Aquella región era una verdadera nube de langostas. En los solares no había quedado ni maleza; la misma plaza vivía cubierta de estos animales hasta impedir muchas veces la vista de las personas a corta distancia. Tenía siete años de no levantarse del circuito, de modo que había muerto mucha gente de hambre y la miseria en su mayor parte se debía a esto.*

---

<sup>30</sup> A pp. 456-459.

*Le dije a Juan de Jesús: “Dios no quita la langosta porque ustedes no quieren aprender su ley”.*

*— Y vos, ¿onde topaste Dios pa decir así?*

*— En Medellín, le contesté.*

*— ¿Y Él cómo diciendo?*

*— Dice que Él mandando Madre y hermanas pa enseñar indio su Ley, pero indio dice no atiende, entonces mejor langosta pa dejar.*

*Decí tu Dios quite angosta, me dijo con tono suplicante, y agregó: “Esa, angosta haciendo, por eso angosta mandando, su palabra ta oyendo”.*

*Es decir, como la hizo, si la manda irse, ella le atiende.*

*— Si usted se compromete a traer todos los indios del Pital, le dije, a aprender la Ley de Dios, yo sí digo a Él quite la langosta.*

*El indio, después de hacerme muchas preguntas y quedar con las mayores garantías de no ser engañado, me dijo:*

*— Compromete indio.*

*— ¿Me los trae el domingo?*

*— Sí, me contestó. Si domingo echas vos langosta.*

*— Convenido, le dije, y se fue.*

*El domingo llegó, a la cabeza de un grupo numeroso de indios e indias. Entraron, no ya humildes como antes, sino altivos y en ademán de reto. Aquello fue solemne. Pisando muy recio dijeron:*

*— Vos comprometistes echar angosta, echá pues.*

*— Sí, les dije, pero siéntense y conversemos.*

*— No, echá langosta alante.*

*— Pero bien, hay que almorzar antes.*

*— No almorza indio, alante echá langosta, echá. Nosotros venió pa ver echar langosta. ¡Echá agorita! Nosotros no espera...*

*— ¿Se comprometen a aprender Ley de Dios?*

*— Sí, pero echá alante.*

*Vi que ya la cuestión era asunto de honor y les dije que iba a echarla. Invité a una de las hermanas para que fuera conmigo a la iglesia a pedirle a Dios la gracia. Un indio nos siguió; pero de la puerta se volvió, porque ellos creían que, si entraban a la iglesia, les cortaban la cabeza.*

*Al pasar, pudimos observar en la plaza la gran nube de langostas que la cubría y que era extensísima. Llegamos a la iglesia y le dije a Dios: “¡Señor! es asunto de honor. Preciso es que vean tu mano en este caso para que la fe les entre”.*

*Sólo recuerdo muy bien que salimos pronto. Cuando salimos, aquella gran nube se levantaba. Los indios muy ilusionados nos esperaban. Les dije: “Ya verán, langosta no vuelve”.*

*Me miraron con semblante de la mayor credulidad y verdaderamente, aquella plaga no se volvió a ver. Pocos días después andaba la gente asustada preguntando por la langosta. En toda la región no quedó una. Lo más extraño es que no se vio más, ni viva ni muerta, ni huevos ni nada. Tampoco lograron saber los señores entendidos para dónde había salido, porque hasta el Golfo de Urabá no había llegado <sup>31</sup>.*

*Con este inadvertido prodigio, los indios tuvieron más confianza. Aquel domingo, después de levantarse la nube de langostas que cubría la plaza de Dabeiba, les dije que con toda seguridad fueran a rozar sus montes para sembrar. Al domingo siguiente vino uno, un poco bravo, y me dijo: “Tu Dios mucho malo; echó angosta pero no manda aguacero; cómo siembra pues nosotros, todo tierra seco”.*

*Al indio ése le llamaba Nazario, aunque no era bautizado, porque solían escoger nombres entre los civilizados y los usaban aparte de los que llevaban en su lengua.*

*— Nazarito, le dije, Dios no manda aguacero, porque ni usted ni su familia quieren aprender su Ley. Usted diciendo que indio no tiene alma y Madre enseñando sí tiene; pero usted palabra de Madre no quiere oír.*

*Su respuesta fue la que esperaba: “Yo comprometo, pero si echá aguacero”.*

*Si usted dice a otros indios vengán a casa de Madre a aprender Ley de Dios, yo también comprometo pa echar aguacero, y quedó el pacto hecho. El indio se fue y les anunció el aguacero a los demás. A mí me bastó decirle a Dios lo de siempre: “Señor, es asunto de honor; estoy comprometida, envía lluvia”.*

*Con esta oración, los aguaceros llegaron en tiempo en que no se esperaban. ¡No puedo contener las lágrimas al escribir esto! ¿No es mucha*

---

<sup>31</sup> A pp. 412-413.



*ternura la del Corazón de Dios? Es una cosa nunca vista que Él se ponga a las órdenes de una ingrata. ¿Qué dirán los ángeles? Y todo por el amor que tiene a las almas de los pobres hijitos, que abandonados y odiados de todos, tenía en los montes* <sup>32</sup>.

## **PACTO CON LAS FIERAS**

*Estaba una mañana orando, llena de Dios... Estaba delante del Santísimo, mientras las hermanas hacían en la cocina algunos deberes y el padre rezaba en el corredorcito, pero no sé decir en qué me ocupaba, cuando tuve la visión de ver llegar delante del Señor, no delante del altar, como en procesión, muchas culebras y fieras que entendía bien que eran las de Murri. En mi alma me alegraba de que estos animales vinieran a ponerse a las órdenes de su Dueño y le suplicaba yo que los bendijera con todas las bendiciones que convinieran a su naturaleza y especie. Pero luego le dije al Señor que esas fieras estaban en posesión de esa tierra llena de almas, sus redimidas, y formaban por su ferocidad como un baluarte infranqueable para la catequización de esas almas y que, si nos llamaba a nosotras a salvarlas, no se entendía cómo íbamos a vivir con enemigos tan formidables. En esto pasé un ratito como sin hacer nada más que ver con los ojos del alma lo que se presentaba, cuando conocí de un modo cierto que Dios ordenaba a las fieras que no nos hicieran nada y que de nosotras tampoco ellas recibirían daño. Con un acto muy distinto de la voluntad, di mi consentimiento a aquel pacto y luego todo pasó.*

*Quedé completamente segura de que las amistades entre esas fieras y las hermanas habían quedado hechas y que tranquilamente podíamos estar en sociedad con ellas, sin que nos tocaran. No me retiré del altar sin hacerle a nuestro Señor muchos ofrecimientos de fidelidad, a cambio de tan extraña gracia como acababa de concederme...*

*De si esto se refería a las fieras del Murri, o de todas partes, no lo he entendido jamás; pero las hermanas han visto cumplirse esto en donde quiera y el mismo padre Elías creía, según me parece, que se extendía a todas. Verdaderamente puede conjeturarse esto, del modo de ser de Dios, que no hace las cosas incompletas.*

*Tampoco les he dicho a las hermanas lo que me pasó; sencillamente les dije que no les hicieran nada a las culebras y que ellas tampoco nos hostilizarían en ningún sentido. Ellas sin duda comprendieron y cuentan con que hice ese pacto con Dios. Tienen fe y esto es todo.*

---

<sup>32</sup> A pp. 414-415.

*Refiriéndole, cuatro o seis años más tarde, este favor de Dios al padre Domingo A. Henao, me dijo: “Eso no es extraño, porque ya lo dice el Evangelio que a los que evangelizan no les harán daño las serpientes, ni los venenos los envenenarán”<sup>33</sup>.*

*En un viaje misional se comprobó la realidad del Pacto. El boga procedió a hacernos un ranchito en donde pudiéramos pasar la noche. Sobre una camita de palos nos tiramos a descansar, cuando ya cerraba la noche, que fue oscurísima. Este sitio queda frente a un caño que lo llamaban el “brazo de la Madre”, negro como boca de lobo. Aquello de asomarse a las siete de la noche a la orilla del río, era cosa de terror.*

*Aquellos dos ríos, pues el caño era tan grande como el río, negros, serenos, en medio de unos inmensos lodazales, en una naturaleza triste y monótona; aquel silencio más que sepulcral, en medio del cual de tiempo en tiempo se oía el aleteo acompasado de un caimán. Dios mío, ¿qué terror infundía aquello! Pero esto fue nada si se compara al que tuvimos poco después. Sentimos fuerte olor a culebra. Estábamos olfateando, cuando alcanzamos a ver en un matorral vecino al rancho, una grandísima; llamamos al boga, pero cuando vino y la vio, con la misma impasibilidad de siempre dijo: “Yo no me le aviento a ese animal, porque me mata”. Entonces llamamos al niño que le acompañaba y éste tan sólo consiguió hacer mover al animal en dirección a nuestra camita. Se metió bajo los palos que estaban sobre el suelo, como unos diez centímetros, y allí se acurrucó. Encima caímos nosotras a dormir...*

*Sentíamos que debajo de nuestras espaldas el animal respiraba recio o se volteaba, moviendo al rozarse con el palo, todo nuestro aparato de cama. La Madre San Benito dijo: no hay temor; el animal cabe allí y no ha de molestarnos porque así está arreglado. Por esto pude comprender que las hermanas entienden lo de Murri para todos los animales, y como yo nada puedo asegurar, dejé la cosa así.*

*Nos tiramos dizque a dormir; pero el calor, los zancudos y la cabeza justamente con el aleteo frecuente del caimán que crispaba los nervios, por más que él en sí no presentara peligro de ninguna clase, no dejaba dormir. Por mi cabeza pasó algo como una pesadilla: mi pensamiento no se podía sosegar porque al fin había de amanecer y, ¿qué haríamos con aquella canoa? Tan pronto me parecía que nos resolvíamos a seguir en ella y que se partía en dos astillas... y nosotras al fondo... ¡Qué delirio!*

---

<sup>33</sup> A pp. 574-575.

*Llegaron las doce de la noche y nos sentamos a rezar los salmos. Las tres habíamos creído que dormíamos, porque cada una ocultaba el desvelo; pero vimos que todas estábamos en lo mismo. Sin embargo, las otras dos no tenían sueño, pero estaban sin pesadilla.*

*Después del consuelo de los salmos, les referí a las hermanas mi delirio y nos reímos. Una de ellas muy resuelta, dijo que lo que no la dejaba dormir a ella era el calor y el movimiento de la culebra, porque le quedaba inmediatamente debajo de la espalda, debajo del palo de la cama. La otra estaba preocupada por el tigre y la soledad; pero no tenía presión muy fuerte por lo de la canoa. La Madre San Benito me confortó diciéndome que por la mañana ella misma desataba el equipaje y que con todos los lazos de él, más los bejucos que encontrara a la mano, amarrábamos muy bien la canoa para que quedara fuerte y resistiera el viaje.*

*Al levantar nuestra chocita, salió también el animalito, nuestro compañero de aquella noche, deslizándose por la maleza y se perdió sin que le hiciéramos el más leve agravio. Además era tan grande que el sólo intentarlo nos habría costado caro <sup>34</sup>.*

## **BILOCACIÓN**

*La Madre Laura tenía muchos carismas, entre ellos el don de bilocación, de poder estar en dos lugares al mismo tiempo. Nos dice: *Un día pedía a Dios que remediara cualquier cosa o conflicto que en esas casas pudiera ocurrir, ya que me encontraba tan lejos y sin manera de sostener la fortaleza de las hermanas en ninguna forma. En esto estaba, cuando me vi entrar a la casa de Rioverde. Entraba por la parte que ocupaban los indios y por el lado de arriba de la casa, presenciando a la vez en la mente un conflicto que había entre las hermanas. No conocí el pormenor del conflicto; pero sabía que podía producir pérdida de vocaciones entre las mismas hermanas.**

*Entré, como digo, por el salón de clase de los indios y llegué hasta la puerta de la clausura. Allí no supe si porque las hermanas me vieron o porque recordaron algo que antes les había enseñado, el conflicto cesó y los ánimos quedaron serenos y fortalecidos para la lucha.*

*Inmediatamente volví a sentirme en la capilla de Santa Librada, muy llena de amor y agradecida de Dios. Pero durante el tiempo que me sentía en Rioverde y que entraba a la casa, a la vez me sentía arrodillada en la barandita del*

---

<sup>34</sup> A pp. 654-655.

*comulgatorio, cosa que no podía ser porque hacía cuatro años que no podía arrodillarme y, además, cuando me puse a pedirle a Dios por la casa de Rioverde, estaba sentada en mi puesto, que era al lado de una puerta de la capilla. Esto me hizo temer que aquello no fuera real; pero al referirlo (el sacerdote) me dijo que eso mismo era prueba de verdad, puesto que para el fenómeno no se necesitaba tener rodillas buenas.*

*Y efectivamente, mayor milagro se necesita para ir en un momento al Sarare, Rioverde, sin faltar de la capilla, que el que se necesita para que una pierna mala se arrodille. V. R. me dijo que nada tenía de difícil porque cuando Dios quiere no tiene obstáculo en nada; pero yo aguardé a verme con alguna de las que estaban entonces en la casa de Rioverde, y cuando ya estuve con ellas, les pregunté si habían tenido algún conflicto con nuestros enemigos y me dijeron que propiamente con ellos no; pero que por otros asuntos referentes al manejo de los indios, sí lo habían tenido muy grande y que no hallaban remedio puesto que no podían pedirle consejo a los Padres ni siquiera dejarles comprender la situación en el confesonario, por lo cual estaban afligidas y una de ellas tentada a dejar su vocación; pero que en uno de los momentos de mayor conflicto, una de ellas había recordado a las otras una enseñanza que yo les había dado, la cual se resumía en que en el servicio de Dios es necesario ir adelante y en paz a todo trance, sin “pararse en pelillos”. Esta frase que subrayo fue la que les hizo la luz y todas reflexionaron, arreglaron las cosas por sí mismas y sintieron fortaleza, por lo cual dicen que la frase la estuvieron varios días repitiendo como jaculatoria: no hay que pararse en pelillos <sup>35</sup>.*

## **PROVIDENCIA DE DIOS**

Uno de los capítulos más hermosos de la Madre Laura es el de la providencia de Dios. Cómo Dios se hacía presente con manifestaciones sobrenaturales para defenderla a ella y a sus hijas de los peligros o ayudarlas en momentos difíciles. Ella asegura:

*No podía estar constantemente en Rioverde, porque en Dabeiba tenía el mayor trabajo con las hermanas que estaban en formación, pues aunque no las llamábamos todavía novicias, sí me afanaba por ellas como tales. Total que tenía que viajar casi constantemente, en invierno o verano, sin miramientos a salud ni a nada. Ocasión hubo en que me cogieran las once de la noche en lo peor del camino, acompañada de una hermana. Era noche tenebrosa, no teníamos luz de ninguna clase; íbamos mojadas, después de una lluvia de casi todo el día; con hambre porque no encontrábamos nada en el camino y además*

---

<sup>35</sup> A pp. 780-781.

*no era muy fácil llevar de Dabeiba en donde la escasez tampoco era poca. Había tenido que salir en jornada forzada, porque tuve malas noticias del estado de las cosas en Rioverde.*

*Estábamos ya al borde de un barranco y, creyéndolo buen camino porque la oscuridad era absoluta, le hice fuerza a la mula para que siguiera, cuando noto que el animal clava el hocico en la tierra; hago desmontar a la hermana que lo hacía con más facilidad que yo, pues era delgada; se asoma y con el resplandor de un relámpago ve que estaban al borde de un abismo y que la mula, por mostrarme que no se debía tirar, había clavado al borde el hocico y permanecido quieta, a pesar de que yo la fustigaba para que siguiera. Dios mío lo que entonces sentí de agradecimiento a Dios.*

*Calculando que la pobre hermana que me acompañaba podía flaquear, le hice algunas reflexiones para que tuviera constancia. Esto lo hicimos sin bajar yo de la bestia y sin saber por dónde seguía el camino. Ella a pie, se movió un poco y me dijo: “Allí veo un altico o morrito, en donde tal vez encontremos barranca para que pueda bajarse”.*

*¡Qué alegría, Dios mío! Nos acercamos al morrito y al tocar, sentimos y encontramos que era una casita metida en un hoyo, el cual quedaba debajo del camino y el techo sobresalía como formando morro. Dejé que la mula siguiera, pensando que Dios, que no nos abandona jamás, había de sacarnos a alguna parte sanas... Divisamos luz de una casita muy lejos y nos pusimos a gritar: ¡Socorro, socorro! No tardó en salir al camino un viejecito con un gran hachón de cera negra, nos indicó el camino y nos regaló el hachón, con cuya luz pudimos llegar a casa a las 11:30 pm.<sup>36</sup>*

*En otro viaje a la misma casa, iba sólo con una india recién sacada de los bosques del Murri. No tenía otra compañía porque el viaje era sólo de Nutibara a Rioverde. El camino es todo encajonado entre dos cordilleras, por el borde del río. Apenas habíamos caminado algunas cuadradas, cuando se vio asomar por ambas cordilleras un aguacero con señales de tempestad y rayos. Miramos hacia atrás y vimos que también por el llano de “Juntas de Nutibara” se formaba tempestad. A poco salió igualmente por Caraúta, es decir, delante de nosotras. La india asustada me dijo:*

— *Mira, Madre, ese aguacero cuatro va hasta jugar a nosotros (va a ahogar).*

— *Sí, le repliqué, eso no tiene remedio; lo aguantaremos por amor a Dios.*

---

<sup>36</sup> A pp. 485-486.

*Muy seria y hasta enojada me dijo: “¿Vos no es muy amiga con tu Dios? ¿Pa qué dejás mojar yo? ¿Será vos no quiere yo?”.*

*— Sí la quiero hijita, le dije, pero si Dios quiere que nos mojemos, ¿qué vamos a hacer?*

*— Sí, Vos es culpa si yo moja; porque si Vos dice tu Dios no llova, El mucho querido con Vos, no llove.*

*Estas palabras me conmovieron y vi muy claro que verdaderamente la india aguardaba el milagro y que ciertamente, según la costumbre de Dios entre infieles, en cierto modo se lo debía a aquella pobre india que apenas estaba medio iniciada en la fe. Entre tanto el aguacero “cuatro”, como decía mi compañera por decir los cuatro aguaceros, se nos venía encima sin saber nosotras cuál llegaba primero; venían como si derrumbaran montes y trajeran piedras, según el ruido que hacían. Tampoco faltaban los truenos y los rayos muy cerca de nosotras, de modo que mostré un poco de miedo. La india con un gesto de rabia decía: “¡Vos es culpa! ¡Vos es culpa!”.*

*Entonces le dije a Dios: “Señor, es cuestión ya de honor para poder convertir a esta indiecita, ¡muéstrale tu poder misericordioso!”*

*Recé recio un padrenuestro. La india se rió y ya las cuatro aguas nos cercaban cuajadas hasta de granizo. Continuamos andando durante el tiempo necesario para recorrer nuestro camino, es decir, como tres cuartos de hora, perfectamente en seco. El aguacero de adelante iba retrocediendo a medida que adelantábamos; el de atrás se quedaba siempre a unas dos o tres varas de distancia, conservando siempre la misma; los dos de los lados caían a unas tres o cuatro varas distante de la pareja amada de Dios.*

*Cuando llegamos a la casa, las hermanas que me esperaban creyeron que llegaríamos mojadas; salieron llenas de compasión y no fue pequeña su sorpresa al vernos llegar secas y hasta la entrada llegaba nuestro círculo sin caerle una sola gota de agua. Nos tocaba sí el piso mojado y lleno del torrente. Yo no lo sufría porque iba a caballo, pero ni una gota nos caía. La india decía: ¡Mi Dios mucho querido con esta Madre!*

*Creo que los jóvenes de Babilonia, cercados de llamas y nosotras cercadas de aguaceros, recibimos el mismo favor y eso por causa de la pobre María Luisa Sapia, a quien poco después se le dio el santo bautismo y fue una buena cristiana.*

*Estas cosas me infunden una ternura muy grande. Dios haciendo esta clase de prodigios por una indígena que a nadie preocupaba. ¡Lo que es el amor de Dios a los pequeños! Por eso quiero siempre ser tan pequeñita delante de Él que lo obligue a agacharse hasta mí. Eso es el milagro y privilegio de los pequeños: ¡hacer agachar a Dios para acariciarlos! Por fortuna el arte de subir delante de Dios es trabajoso, porque ¿quién será grande a sus ojos? Pero el arte de bajar y empequeñecerse es fácil; ¡basta abrir los ojos a la verdad!*

*Otro día se repitió el prodigio. En Rioverde llueve casi constantemente. Sin duda por su misma posición, las aguas se van apiñando sobre sus montañas y ni aun en verano hay seguridad de estar en seco. Por esto, en una ocasión en que hubo que quitarle la paja a la casa para suplírsela con teja de madera, temimos que, aunque se desempajara en verano, quizás no nos libraríamos de que se humedeciera la casa, porque cuando menos se pensaba venía un chubasco sin esperarlo ni dar tiempo de tapar.*

*Se empezó el trabajo con una mañana hermosa, pero sin esperarlo se presentó un temporal terrible. El peón, que tenía toda una pieza destapada, llamó alarmado. Salí y, mirando los aguaceros aquellos, le dije a Dios: “Señor, hasta el menor de los esposos de la tierra guarda la casa de la esposas y no se la deja humedecer; ¿y habías de ser menos que ellos?”.*

*Inmediatamente me coloqué en una esquina de la casa a rezar: Bendita sea tu pureza... Sucedió entonces el mismo prodigio: el agua formó cerco respetando el sitio destapado y al peón, de modo que en pleno temporal él pudo seguir su trabajo en seco y esto por varias horas. El peón se reía y me decía: “Madre, aunque tengo pena de que esté tanto tiempo allí, no acabo de tapar eso, porque es mucho, pero téngame ese aguacero mientras llego siquiera al caballo”.*

*Nos reíamos llenos de agradecimiento a Dios; pero confieso que ni éste ni el caso anterior me pareció raro ni prodigioso, sino sencillamente que Dios es así<sup>37</sup>.*

*Otro ejemplo. Las hermanas en uno de sus viajes misioneros, después de subir por una cuesta terrible, recibiendo los rayos de un sol abrasador, las devoraba la sed y ya casi no podían caminar. Sus compañeros, indios e indias ya cristianos, les aseguraron que no encontrarían agua sino descendiendo de nuevo por el camino ya hecho o llegando a la cumbre, al bohío del enfermo; pero ambos sitios distaban mucho de aquel en que se encontraban y les parecía imposible buscar el agua.*

---

<sup>37</sup> A pp. 502-504.

*Al fin, cansadas y ya con difícil respiración, rogaron a Dios que les diera valor para poder llegar, y se tiraron sobre un hojarascal tostado por el sol, a reposar algunos momentos; mas, ¡qué alegría!, al mover la hojarasca para formarse mejor sitio de descanso, descubrieron, bien ocultas y bien conservadas, tres hermosas y frescas naranjas, con las cuales, alabando a Dios y entre lágrimas de agradecimiento, calmaron la sed. Los indios decían: “Dios mucho querido con hermanas, naranja ponió pa quitar sed”.*

*Por lo pronto, la sorpresa de las hermanas no fue tan grande como lo fue después, cuando, bien averiguado, supieron que en aquel sitio y sus cercanías no había naranjas, ni era posible suponer que transeúnte alguno las hubiera dejado, porque no era vía común aquella y, además, no era época de naranjas en la región.*

*Total, que si la Providencia de Dios se buscó una mano que tomara estas frutas y las llevara al sitio en donde sus elegidas habían de caer jadeantes de sed, no era posible conocerla ni conjeturar de dónde habían brotado. El hecho fue que constituyeron aquel día la caricia de Dios para las que se sacrificaban por su amor. Aseguran ellas que jamás habían probado tan agradables naranjas, lo cual se explica, porque a “tal apetito, tal manjar”<sup>38</sup>.*

## **EL ÁNGEL CUSTODIO**

Los ángeles son nuestros compañeros inseparables desde el comienzo de nuestra existencia. Ella tenía mucha devoción a su ángel custodio, quien le manifestó su asistencia real en alguna circunstancia en que necesitaba ayuda. Por eso ella tenía tanta amistad con él que quería que todos también fueran sus amigos y devotos.

*Afirma: En una época comenzaron a darme unos vahídos en la cabeza, de modo que si estaba acostada no podía levantarme hasta que pasaran, sin que me faltara el conocimiento. Una noche, estando sola en mi pieza, que quedaba en el extremo del corredor, muy separada de la pieza en donde dormía una compañera de trabajo (nunca podía oírse de una pieza a otra, aunque se hablara muy recio), me empezó el vértigo a eso de la media noche y pensé en llamar a la compañera. Quise sentarme y no pude. Me resigné a no llamarla y le dije a mi ángel de la guarda, con quien siempre he tenido muy buenas amistades, que me asistiera él; yo no podía llamar a mi compañera ni a nadie. Pasaron así como unos quince minutos, cuando sentí darle empujones a mi pieza y que no podían*

---

<sup>38</sup> Dabeiba p. 268.



*abrir; entonces mi compañera me llamaba. Le contesté que forzara la puerta un poco, pues estaba cuñada con un asiento. Ella lo hizo y al ver mi incapacidad para levantar la cabeza me dijo:*

— *¿Cómo hiciste para llamarme?*

— *No he ido. No he podido ni levantar la cabeza a la altura de la baranda.*

*Entonces me contó que una persona con mi misma voz, había entrado a su cuarto y la había llamado. Cuando despertó bien, vio la puerta de su alcoba bien cerrada, como la había dejado al acostarse; le había parecido muy raro y sin tardanza se había levantado, creyendo encontrarme en el corredor. ¿No se ve en esto una asistencia muy especial de ese querido ángel? <sup>39</sup>.*

*Un domingo por la mañana mandé a las niñas del internado que sacaran sus camas al sol, dejando en la casa a una señorita que hacía varios días se quejaba de dolor en un costado sin que me inquietara ni eso ni la fiebre que constantemente tenía.*

*A las nueve de la mañana regresamos y cuál fue mi sorpresa, cuando al entrar vi un sombrero de sacerdote sobre los colchones que estaban en el patio. Entré al cuarto de la enferma y el padre Ruiz, jesuita, me dijo:*

— *Laura, he venido a verla en sus trabajos.*

— *¿Cuáles?*

— *El que tiene con esta señorita, que está de muerte.*

*Me refirió que a la portería de los jesuitas había llegado muy de mañana un niño diciéndole al padre Superior que le mandara un padre a la señorita Laura, para que confesara a una niña que tenía de muerte. Que el padre Superior le había dicho que celebrara la santa misa pronto y se fuera al Colegio de la Inmaculada, que Laura estaba en trabajos con una enferma.*

— *Como es tan lejos, he tardado mucho, añadió.*

— *¿Cómo? Si yo no he mandado a nadie, ni la niña está mala; sólo tiene una gripa con un dolor ventoso pasajero.*

*Él se sorprendió y me dijo: “¡Pues esta niña está de muerte!*

*Yo me quedé riendo de la cosa, pero llamé inmediatamente al médico que era a la vez acudiente de la niña. Llegó y me dijo: “Está perdida esta niña; tiene*

---

<sup>39</sup> A p. 213.

*una neumonía central ya pasada; quizás no la salvemos. Me lleno de pena por su padre que es mi mejor amigo. Es necesario llamarlo para que venga con la familia, pues esta niña morirá”.*

*Le puse un telegrama urgente al padre de la niña, que vivía en una población vecina. En pocas horas llegó en un coche toda la familia de la niña y ya el médico había llamado a otro que con dos practicantes se pusieron a trabajar por salvarla. Con una asistencia esmerada lograron ponerla fuera de peligro en pocos días.*

*Mi confusión fue grande; pero mi agradecimiento a Dios que tales resortes había movido en mi favor, fue superior a todo encarecimiento. Los jesuitas declararon que el niño del recado les era completamente desconocido. ¡Dios tiene mandaderos especiales para llenar mis deficiencias! La más ciega de las criaturas sería yo, si no confiara en Dios ilimitadamente <sup>40</sup>. Ese niño, con toda seguridad, era el ángel custodio de Laura.*

*En el año 1910 hice el propósito de hablarles a todos mis relacionados de los ángeles custodios hasta lograr hacerles tantos devotos como personas trate. Lo cumplí y pasado algún tiempo pude observar que no tenía ninguna amiga o discípula que no se hubiera hecho devota del ángel de la guarda.*

*Me propuse hacerles tener mucha confianza al santo ángel y que lo ocuparan en diversas circunstancias de la vida. Para probarles los buenos servicios que los santos ángeles hacen a sus protegidos, les refería los casos en que yo misma había sido favorecida con sus oportunos servicios y la historia del chocolate que el santo ángel le proporcionó a santa Rosa de Lima a altas horas de la noche.*

*Conocí entonces lo mucho que glorifican a Dios estas santas amistades con el ángel de la guarda. Verdaderamente, esta devoción es una mina rica que tenemos a la mano para glorificar a Dios. No nos sirven más los santos ángeles, porque no los ocupamos. ¡Qué gracia tan grande menospreciamos con el olvido de nuestro fiel amigo, que sin dejar de ver a Dios nos mira siempre!*

*Una vida entera quisiera gastar haciendo conocer las bondades de los santos ángeles. Viviendo más unidos a ellos, podíamos comenzar a vivir la vida del cielo desde la tierra. Los que tanto se sienten honrar con las amistades de los nobles y grandes de la tierra, deberían reflexionar en el honor que pierden menospreciando a estos nobles amigos <sup>41</sup>.*

---

<sup>40</sup> A pp. 171-172.

<sup>41</sup> A pp. 277-278.

## LA VIRGEN MARÍA

La Virgen María fue siempre una madre cercana y cariñosa para la Madre Laura. Y ella quiso que todos los indios le tuvieran devoción, pues era uno de los mejores medios de evangelización y de apartarlos del demonio.

*Para los indios, la Virgen María fue su primer conocimiento y su primer amor puro. Era para ellos todo. Su imagen en un cuadro era lo primero que veían y aprendían a estimar como elemento civilizado; su nombre lo aprendían antes que el de Dios; delante de su imagen se les daban todos los conocimientos. Antes que todo aprendían a repetir maquinalmente la dulce jaculatoria brotada de mi alma, sin pensarla, desde la primera vez que, feliz, estuve delante del primer infiel: “¡María, Madre mía, sálvame!”.*

*De modo que en la mayor parte de ellos, la primera palabra que pronunciaron en castellano fue ¡MARÍA! En fin, en su dificultad para pronunciar el castellano, decían las cosas más graciosas; pero el nombre de María jamás lo dañaron.*

*Hasta los indios recios que desechaban el cristianismo, se apegaron a Ella desde el principio, de modo que muchas veces, al encontrarlos en los montes, les daba quejas porque no iban a la casa y me decían: “Yo tu ley no gusta, Dios no necesito ¡no quiero bautismo! No quiere Vos, yo gusta Antomiá (demonio)”. ¿Usted tampoco quiere a María? Y con gran expresión replicaban: Ese sí quiere yo, ese mucho querido.*

*Aun llegaron a tenerle cierto miedo de que los llegara a volver cristianos. Una vez le dije a uno muy recio:*

*— Andresito, cuando usted encuentra un venado que corre mucho y es muy arisco, ¿qué hace?*

*— Echa perro bueno, pa que corra más que él y coja.*

*— Pues mire, yo tengo un venado muy arisco y no tengo perro bueno; ¿qué hago?*

*Con la mayor viveza me contestó:*

*— Yo es venao arisco tuyo. Vos mucho gusta pa coger a yo, pa hacer cristiano. ¡Yo mucho arisco!*

*— Adivinó Andresito —le dije—; pero dígame ¿cómo consigo perro bueno para echárselo?*

— *María, Madre mía, es tu perro; échalo que ese sí coge a yo.*

*Se rió y le prometí echarle el buen “perro” que él mismo me había indicado. Al día siguiente decía: “Anoche yo quiere dormir, pero no pude pensando: ese infierno de Madre, ¿será verdad? Madre echó perro bueno y ese “María, Madre mía”, será no deja dormir yo; ¿será ése metiendo pensamiento de infierno?”.*

*Ella era el anzuelo con que los pescábamos; el nombre primero que les mostraba nuestro afecto y el embeleso de nuestra vida misionera. Sin Ella nuestros métodos de catequización no hubieran tenido éxito y fue ésta la letra inicial de ellos, así como su término.*

*En los bohíos, un retrato de “María, Madre mía”, como dicen ellos, no puede faltar. A los jaibanaes o brujos, cuando se les exige que no tengan el retrato de “María, Madre mía”, junto a los jayes (ídolos) de su oficio, se afligen y hasta hubo uno de ellos que les hiciera altares separados a los unos y a la otra, diciendo:*

— *Yo pone así pa que peleen mi alma, a ver de quién queda. Yo no soy capaz de botar a ninguno. Ella, “María Madre mía” escoja.*

*Esta vez triunfó María y llegó el momento en que este jaibaná le dejó su bohío a Ella completo y le abrió las puertas de su corazón al cristianismo.*

*Es imposible decir hasta qué punto María fue el elemento de conversión. Ante una estatua de María se recibían los indios caribes en nuestra fundación de Unguía, porque como habían puesto por condición que no se les hablara de religión, buscábamos que ellos empezaran la conversación. Pues llegaban y al ver la estatua preguntaban quién era, de qué, de quién, para qué servía y ya las hermanas tenían abierta la puerta de su enseñanza sin que ellos pensarán que se les enseñaba. En estas preguntas y sobre las enseñanzas de María, engranaban todos los misterios de la religión y, de conversación en conversación, a los pies de la Reina de nuestras almas, aprendían hasta hacerse cristianos de modo que sin que las hermanas los molestaran para nada, ellos acababan pidiendo el santo bautismo.*

*De tal modo se enamoraban de Ella desde los primeros días, que vino un indio de las costas de Panamá y, después de tres visitas, volvió a sus costas. Algunos meses más tarde, se apareció un enviado del indio a traer desde aquella remota región, unas macetas de flores que el indio mandaba a esa “Señora que quieren mucho las hermanas”. Un viaje de 8 días entre las olas del mar, en una pobre canoa, para traer aquel regalo de un infiel a la Madre de nuestras almas.*

*Antes de irse el indio, había preguntado con mucho empeño, por qué había flores a los pies de “María, Madre mía”. Le dijeron que porque Ella desde el cielo veía esas flores y se reía de gusto muy alegremente. Pues así envió el regalo para que se pusiera alegre. Naturalmente, aunque salimos de Unguía sin volver a saber de ese venturoso indio, podemos pensar que esas flores algún día le valdrían la fe, porque esa Reina no puede quedarse con el regalo sin un retorno digno de Ella.*

*Los fuertes ataques que el protestantismo ha hecho posteriormente a la Misión, han encallado contra ese amor a María de los indígenas. Una capilla protestante es para ellos lo más frío del mundo, porque no hay “María, Madre mía”, y cuando se les pregunta por qué no van a la capilla de los protestantes, dicen: Porque “María, Madre mía” quiere nosotros y eso no hay.*

*Un día, a los pocos meses de estar en Dabeiba, las hermanas atravesaban un bosque oscuro y húmedo; iban heladas por aquella senda, cuando oyeron unas voces que muy altas cantaban: “María, Madre mía, sálvame”. Creyeron por lo pronto que aquello venía del cielo y dicen que hasta el frío se les quitó y les pareció el monte menos oscuro. Después de avanzar un poco, miraron hacia arriba y se encontraron con un grupo de indiecitas que, meciéndose en las ramas de un árbol, cantaban la bella jaculatoria, con música que ellas mismas le habían acomodado. Sintieron tanta ternura que lloraron. Hicieron bajar a las indiecitas, las abrazaron y siguieron cantando con ellas hasta el bohío que buscaban. Estas indiecitas apenas habían oído la jaculatoria unas pocas veces; sin embargo, ya la llama había prendido. Hoy son unas cristianas de primera clase <sup>42</sup>.*

*La india Catalina, desde la mañana está diciendo: “Pa saludar a María mía, quiero aprender”. No entiende castellano en absoluto, pero se da traza de colocarse en la clase cerca de los más entendidos para que le repitan en su propia lengua lo que la hermana enseña. Seguramente pasa de noventa años; pero ¡qué le importa que tenga años aunque sean ciento, para sentirse feliz porque ya no es como perro! Desde que hay hermanas misioneras, ella no cabe de la dicha de tener “¡ese María mía, que es su mamá, que no muere!”. Así lo dice enajenada de gozo. Fruto de su entusiasmo es el hallarse ya suficientemente preparada para recibir el santo bautismo, inmediatamente después del cual se le dará la sagrada comunión. ¡Vieja feliz!*

*Véase el entusiasmo y lo tierno de su amor en lo que sigue. “Corazón de niña en cuerpo de vieja”, la llamo, y compruebo que lo es: todos los lunes va hasta “Piedra blanca”, es decir, a una legua de distancia de su casa, con el*

---

<sup>42</sup> A pp. 462-465.

*exclusivo objeto de conseguir una raíz muy estimada por los indios, para traerla a “María mía, ¡paque güela muy sabroso!”, dice ella.*

*Emplea el día en el viaje y tiene que llevar provisiones para todo el día (plátano asado, único comestible de que puede disponer), y llega por la tarde, ordinariamente, temblando de frío, pues en aquellas montañas llueve sin cesar; con los andrajos de su paruma que no tienen reemplazo, calados de agua, se dirige a la Misión; entra a la capilla, y puesta delante del cuadro de la Virgen, baila cantando: “María mía ya parumita mojó; tu güele ya traiyo; yo mucho quiere María mía. Muy linda es Vos”. Después de bailar y cantar delante de la Virgen le pone la raíz por delante y le dice: “Güele, María mía”, y le repite esto a la vez que le sonrío, con ternura encantadora, muchas veces. Viendo que la Virgen nada le dice, sonriendo y burlando, sale exclamando: “¡María mía está silencito. ¡Siempre güele, mucho quiere!”<sup>43</sup>.*

*Jaibarisapí es uno de los indios más inteligentes de la parcialidad, y que en igual medida es malicioso; sin embargo, estamos agradecidas con él, porque, “aunque haga las calaveradas o indiadas” más grandes, como decimos aquí, siempre está al lado de la Misión.*

*Era jaibaná (brujo) de reputación; pero hace un año y medio que, con motivo de una caída, hubo necesidad de prepararlo para la muerte, y lo hizo con tanta sinceridad que nos entregó los utensilios de su profesión, diciendo: “Yo cambia este por ley de Dios”. Su mujer que estaba presente y su madre lloraban al verlo entregar aquellos “ídolos” que habían atravesado los tiempos, pendiendo del cuello de todos sus antepasados sucesivamente; pero él, imperturbable, decía: “No hagás caso, Madre, llevá eso que es de Antomiá (diablo); yo los quería porque no conocía mi Dios: no hagás caso”. Y me llevé los muñecos sin que él mostrara pena por haberlos entregado. Ha cumplido su palabra, abandonando por completo la profesión de curar supersticiosamente; pero está muy lejos todavía Jaibarisapí de ser cristiano, en la total acepción de la palabra; es tan malito que, por no reformarse, no se resuelve a practicar lo que le enseñamos.*

*El hecho siguiente muestra, más que todo, el carácter de este indio, su estado de medio cristiano y la gran protección de María a la Misión.*

*Se fue una mañana, con su hijo de ocho años, a cazar, pues en su casa había hambre, como ellos expresan la escasez. Todo el día recorrieron las selvas en donde suelen encontrar presa, sin hallar ni rastro, ni siquiera pudieron ver un*

---

<sup>43</sup> Cartas misionales pp. 206-207.

*ave de las que en otras épocas pueblan esos bosques. Llegó la tarde, y ni el perro daba señal de enrastrarse, expresión remota de feliz éxito en la caza.*

*Ya cayendo la tarde, desconsolados, se retiraron sobre un barranco, según la expresión literal del indio, “pa murir de hambre”, pues desde la mañana no habían comido nada. Pasado un rato, se reanimó Jaibarisapí y dijo a su hijo: “¡Chirambute uauasaque (arrodílese, niño), y pídale a **María, Madre mía** que nos muestre animal, porque muere de hambre, a ver si Madre habla verdá; ella diciendo, **María, Madre mía** oye a indio!”. Quizá esta última circunstancia, o la inocencia del niño, movieron al cielo, porque apenas el niño arrodillado dijo: “**María, Madre mía, parigiruade nindugurú**” (regálame animal) cuando el perro, que se les había desaparecido hacía poco, llegó con dos guaguas. Agrega Jaibarisapí, al referir la historia, que en aquel lugar no había habido nunca guaguas.*

*Punto seguido cogieron los animales y en una improvisada hoguera asaron un pedazo de carne, el suficiente para saciar su aguzado apetito. Cargados de carne, ya entrada la noche, volvieron a su bohío.*

*Al día siguiente, Jaibarisapí fue pregonero del favor de la Madre de Dios. En primer lugar se dirigió a la Misión y les dijo a las hermanas: “Vos hablando verdá, **María, Madre mía**, oye al indio, mucho quiere y topa animal más mejor que perro. Después fue a los bohíos vecinos y, sin preámbulo de ninguna clase, les decía a los indios: Madre, hablando verdá. **María, Madre mía**, es verdá y con la mímica que le dictaba el entusiasmo, les refería el hecho”.*

*Todavía ostenta los cráneos de aquellas dos guaguas (animales) pendientes de la viga del bohío y él se las enseña a cuantos llegan. Las llama guaguas de “**María, Madre mía**”<sup>44</sup>.*

*La Madre Laura amaba tanto a María que se convenció de que vería a la Virgen antes de morir. Estas son sus palabras: “En 1927, es decir antes de estallar la tempestad en la diócesis de Santa Rosa, esperaba yo la sagrada comunión en la cama, cuando instantáneamente me volví hacia una imagencita de la Virgen y, sin haberlo pensado antes, le dije: “**Madre mía, ¿te veré al morir?**”. Nada raro sentí; pero me quedó una seguridad muy grande de que en el lecho de muerte he de ver a esta celestial Señora de mi corazón. Esto no me hizo la impresión de luces sobrenaturales, sino que difundió en mi alma un amor delicado que a la vez que amor es seguridad. Esta gracia me parece que es de*

---

<sup>44</sup> Cartas misionales pp. 212-214.

*especie distinta a las que he referido antes, porque no invadió ninguna parte especial del alma. Es una seguridad y nada más, sin ruido de ninguna clase*<sup>45</sup>.

## **EUCARISTÍA**

La Eucaristía era para la Madre el centro de su vida y supo transmitir a los indígenas su amor a Jesús sacramentado de modo que ellos, una vez convertidos, se pasaban muchos ratos ante Jesús Eucaristía y deseaban comulgar, porque querían tener a Jesús en su vida y en su corazón.

Ella misma nos dice: *Es un encanto ver los domingos venir a muchos indios a las ocho de la mañana, diciendo: “Nosotros viene sin comer, porque quiere nosotros comer hostia”. Y pensar que tienen que bajar desde una montaña helada de donde tienen que salir caminando por montes cerrados, a las cuatro de la mañana, para llegar a las ocho. Al verlos llegar mojados esta semana, les dije: “¿No les da mucho frío?”. Me contestaron: “Siempre frío da y jambre (hambre) también, pero ¿qué hacer pues? Mucho gana comer hostia”*<sup>46</sup>.

*Un indio, al saber que Jesucristo estaba en la hostia después de la consagración, nos dijo: “Dios vive con gente e indio onda monte no sabe. Yo quiero bautizar ligerito pa ese Dios tener”. Después del bautismo se les dio la sagrada comunión; pero como jamás han estado en iglesia ninguna, manifestaron mucho deseo de conocer “cueva onde padrecito guarda a mi Dios”. Ese es su modo de expresarse. Para satisfacerles, les indicamos que, para conocer el sagrario, tenían que ir a Nutibara, dos leguas distante de este paraje; y en su ansia por conocer tal curiosidad, después de la misa en que comulgaron, se quitaron sus túnicas de bautismo y emprendieron el camino de Nutibara, llevando recomendación para que el padre Guillermo les mostrara el sagrario y demás cosas del altar, para ellos desconocidas. Por la tarde volvieron trayendo a los demás indios historias magníficas acerca de todo lo que el padrecito les había mostrado. “La cueva donde guardan a Dios” figuró en primer lugar; después, “María, Madre mía, que tienen onde altar, que es muy diferente, porque parece mujer viva” (no conocían estatua), y por último, “una cosa que padrecito toca con manos suena tan bonito, como carapopo” (gramófono). Se referían al melodio. Terminaron contando que ellos se habían “chirambute” (arrodillado) para decir a Dios que “mucho quiere” y que padrecito después les había dado vino muy sabroso. Añadían después de cada historia: “Padrecito, como Dios, es muy bueno”*<sup>47</sup>.

---

<sup>45</sup> A p. 837.

<sup>46</sup> Cartas misionales p. 176.

<sup>47</sup> Cartas misionales p. 182.



*- Luis Felipe Domicó y Clementina Cuñapa son los dueños del bohío en donde, por primera vez, se ha hecho la entronización del Corazón de Jesús.*

*Concluida la fiesta de primera comunión, partimos con ellos llevando la imagen para Antadó, con el fin de ponerla solemnemente en el bohío. Está éste colocado entre otros, habitados por indios esquivos y hostiles a la Misión. Sin embargo, todos concurrieron al acto, por mera curiosidad, pues nada entendían de él.*

*Antes de empezar la ceremonia, Luis Felipe les dijo, en su lengua, que como él y su familia ya eran cristianos, iba a poner en su bohío a “Jesucristo con el corazón afuera” (este es el nombre que le dan al Sagrado Corazón). Ellos, asustados, le dijeron que aquello sería alguna brujería y que quizá todos quedarían “embrujiados”.*

*Él, con el valor de un cristiano valiente, les contestó que no fueran “brutos”, que ese Jesucristo sería el dueño de su bohío, porque era muy bueno. Se rieron con profundo desprecio y se desentendieron, diciendo: “Indio bobo, ese de palo, ¿cómo lleva a bohío?”. Y agregaron otras expresiones que denuncian lo lejos que están del espíritu cristiano. A todos, sin embargo, los hicimos arrodillar, mientras el sacerdote bendecía el bohío y ponía la imagen en el estantillo más central de él.*

*De manera muy rústica, se le pusieron al estantillo ramas, procurando que semejara un altar y después de enseñarles el respeto debido a la imagen, se rezaron las preces de regla y prorrumpimos en vivas al Sagrado Corazón. Los indios, muy contentos, las repetían, y Luis Felipe terminó gritando: “¡En mi bujío no deja yo pecar más! ¡Yo quiere a Jesucristo! ¡Yo mucho quiere, porque es muy bueno!”. Clementina preguntó si Dios oía desde el cielo lo que estábamos gritando, y, al oír que sí, contestó entusiasmada: “Mucho gusta así...”.*

*Con tan buenas señales de fe, nos despedimos muy contentas, pero nuestra dicha fue mayor cuando, al domingo siguiente, Luis Felipe vino a conseguir petróleo y a pedirnos instrucciones para poner lámpara a su altar. Decía él: “Yo quiere tener a Jesucristo como onde iglesia”<sup>48</sup>.*

*- El 10 de febrero de 1923 murió la hermana María del Sagrado Corazón, después de vivir sin pasar alimento, ni agua, ni siquiera la saliva, ciento cinco días. Pero lo asombroso era que, a pesar de tener completamente obstruido el*

---

<sup>48</sup> Cartas misionales pp. 124-125.

*esófago, pasaba perfectamente la sagrada comunión todos los días. Bendito sea mi Dios, porque en una muerte tan dura como ésta no le faltó el gran consuelo de la sagrada comunión, aunque para la enferma no pasara como consuelo pues en su muerte todo fue amargo.*

*Esto me lo explico, porque ella había ofrecido su vida por la conversión de los indios jaibanaes. Naturalmente para tal ofrecimiento debe corresponder esa dureza de muerte. Feliz ella que tanto alcanzó con sus dolores y angustias, porque pocos meses después no quedaban jaibanaes en las tribus. ¡Sea Dios bendito! Unos murieron y otros se convirtieron, quedando sólo uno o dos que poco o nada ejercían sus funciones, aterrados ya con lo que estaba pasando <sup>49</sup>.*

*- Durante un viaje misionero a las doce del día, se celebró la santa misa, en la cual iban a comulgar dos de las mujeres. Cuando el padre alzó la santa hostia, los indios, hambreados, se habían subido a los guayabos cercanos a comer frutas, de modo que la santa hostia quedaba debajo de ellos. ¡Con cuánto amor le entregué al Señor en aquel momento esas almas que, sin conocerlo, lo miraban desde los árboles! Dios mío, aquello me parecía, si no mejor que el cielo, sí igual. ¡Con cuánto amor le ofrecía a Dios morir por esas almas! Las emociones de aquel día se complementaron con la más exquisita emoción, ocurrida en la santa misa.*

*Después de la elevación, el padre cerró los ojos como es costumbre y mientras tanto la hostia grande se levantó por encima de la cabeza del padre y muy serenita se vino hasta mi puesto y se posó al pie mío. Un momento después, se volvió a levantar y se fue hacia la cruz, posándose sobre una flor que allí habíamos colocado. Cuando el padre abrió los ojos, al no encontrar la santa hostia, miró hacia los lados y le hicimos señas de que estaba en la cruz. Él fue a traerla y, cuando dio la vuelta, las dos hostias pequeñas emprendieron el camino de la cruz. Tuvo el padre que volverse por ellas. Las mujeres llorábamos de ternura y los señores decían que aquello era castigo para ellos, porque no habían comulgado durante la correría. Por mi parte me pareció pura cortesía de nuestro Señor que quería recorrer el campo que acababa de entregársele. Era sólo una toma de posesión.*

*Terminada la santa misa, todo fue conjeturas de lo que esto significaría. Yo todavía agradezco a Dios su cortesía; no puedo creer otra cosa. Pasada la emoción, todavía sin desayunarnos, cantamos un Tedeum recorriendo aquel sitio lleno ya de Dios. Digo que cantamos, porque, aunque jamás he sabido hacerlo, me fue imposible callarme entonces y mezclé mi desacompañada voz a la de todos. No me importaba cantar mal. Quería mostrarle a Dios mi dicha. Pocas*

---

<sup>49</sup> A p. 696.

*personas se habrán visto en casos como éste. Es imposible que se den mucha cuenta de lo que debía sentir.*

*Me parecía que Dios, al ir en la santa hostia a la cruz misionera que habíamos colocado con tanto amor, firmaba su compromiso de dejarse servir de mí en la conversión de los infieles, aunque para ello tuviera que pasar por encima de mi debilidad. Todavía me animé más, cuando al bajar al río San Juan a lavar unas cosas, tropiezan mis manos entre la arena con una piedrecita en la cual había muy bien grabada una cruz. Realmente esto de la piedrecita no me parecía mucha rareza, pero mi alma, que estaba pidiéndole a Dios la expresión de su voluntad, lo echaba todo por ese lado. Aún conservo la piedrecita y una parte de la flor que estaba al pie de la cruz.*

*Nos despedimos de los indios... y hasta de la palma al pie de la cual se había hecho el altar. De esta palma, decían los indios que era estéril, porque jamás había dado fruto, no obstante ser muy vieja. Después me han dicho que al año estaba llena de racimos y que los indios decían que, como Dios había estado allí, había dado fruto <sup>50</sup>.*

## **MILAGROS PARA LA BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN**

La antioqueña (colombiana) de 86 años Herminia González, mamá de una religiosa laurita, tenía cáncer en el cuello uterino según diagnóstico de 1993. A raíz de esta enfermedad le venían unas intensas hemorragias y dolores que no cesaban con ningún tratamiento. En 1994 visitó la sede de la comunidad de la Madre Laura en el barrio Belencito de Medellín y en la habitación donde murió la Madre Laura le pidió que la curara. A partir de ese día, la señora Herminia nunca más sangró de lo mismo. Se mejoró totalmente. Y tres años más tarde el ginecólogo tratante no encontró ningún signo de tumor activo.

Por esta curación, considerada milagrosa por la Comisión médica del Vaticano, fue la Madre Laura beatificada por Juan Pablo II el 25 de abril de 2004.

El segundo milagro fue realizado al médico anesthesiólogo Carlos Eduardo Restrepo Garcés, que estuvo a punto de morir de una enfermedad llamada polimiositis. Tuvo incluso una perforación de esófago, lo que le produjo una infección en el mediastino que puso su vida en peligro. Sus posibilidades de vida eran mínimas. En esas circunstancias le pidió a la Madre Laura que le ayudara a salir de su enfermedad. Al mes y medio podía ya hacer las cosas solo y fue tanta

---

<sup>50</sup> A pp. 229-231.

su alegría por su asombrosa y rápida recuperación que fue al santuario de la Madre Laura a darle las gracias; contó sus experiencias a las religiosas lauritas y ellas lo presentaron a Roma, donde después de un estudio profundo, lo aceptaron como un milagro.

Por este milagro, aceptado por la Comisión médica del Vaticano, la Madre Laura fue canonizada el 12 de mayo de 2013 por el Papa Francisco. La Madre Laura es la primera santa canonizada de Colombia. Es patrona de los huérfanos y de las personas que sufren discriminación racial.



